

El libro **NEGRO** de LA **n**ueva **DERECHA**

Infiltración Atlantista & Batalla Cultural



Santiago Schneider

El Libro Negro de la Nueva Derecha

Infiltración Atlantista & Batalla Cultural

Santiago Schneider

Copyright © 2023 Santiago Schneider

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798636678274

Índice

Prolegómenos:.....	5
1. Los protocolos de la Nueva Derecha:	
1.1 Los peligros de la “nueva” derecha reformada o reformadora:.....	
.....	15
1.2 El despertar leviatánico: un <<nuevo>> enemigo renace:	
.....	29
1.3 La ideología neoderechista: Hacia el nuevo Occidente:	
.....	45
2. La inviabilidad de la Derecha cultural:	
2.1 La trampa discursiva de la New Righth:.....	
.....	57
2.2 Clericalismo vs progresismo. Un dilema burgués:.....	
.....	65
2.3 El problema de la cultura de la vida y de la cultura tanática:	
.....	87
2.4 Meta-política de la Nueva Derecha. La fenomenología neoderechista:	
.....	93
Epílogo:.....	103

“Dedicado a los vencidos en las guerras físicas y metafísicas, en manos de quienes escribieron la historia oficial que nos lleva a escribir una contra-historia, e impusieron la cultura que hoy nos hace contra-culturales. A todos los que no interrumpen la vigilia de la verdadera lucha, y a los que descansan bajo la tierra que los cubre por haberla defendido”.

Introito

Un fantasma recorre Iberoamérica, es el fantasma de la Nueva Derecha. No es la *Nouvelle Droite* francesa que reacciona frente a la mezcla de diferentes culturas dentro de una misma comunidad, embiste a la democracia liberal burguesa (y no solo a la socialdemocracia, que es un elemento del sistema democrático liberal), y confronta al capitalismo; estamos hablando de un novedoso movimiento intelectual que se opone al multiculturalismo, pero no tiene los mismos enemigos que el Conde de Bonald, Joseph de Maistre, Charles Maurras, Alain de Benoist o Bouchet. Esta nueva derecha contrarrevolucionaria oriunda de Argentina, a pesar de ser transversal a toda Hispanoamérica y llegar eventualmente hasta España, estimula una unidad del mundo occidental tanto anglosajón como hispanista. Juan Manuel de Prada hizo una adenda en varias ocasiones refiriéndose a la batalla cultural emprendida por quienes no fueron mencionados por nadie hasta este libro. El insigne pensador español versa a propósito de ellos como atlantistas de la anglosfera, coludidos con los de la hispanosfera, que no distinguen un atlantismo bueno de uno malo: el atlantismo hispánico no sería malo, pues resultó beneficioso conquistar más allá del Océano Atlántico en pos de la cooperación imperial con los nativos del nuevo continente. Empero, un atlantismo imperialista que deprede todo lo conseguido por las naciones americanas no anglosajonas, entraña una manifiesta incompatibilidad con respecto a la mejor expresión posible de la cosmovisión occidental. Este desacierto de abdicar a la crítica contra el subsistente bloque geoestratégico de lo que queda de Occidente, se debe al lirismo cultivado por lo más prominente y acendrado de la pluma angloparlante: desde el paleo-conservadorismo de Edmund Burke, hasta el neoconservadurismo de los austríacos Friedrich von Hayek, Ludwig von Mises, y en menor medida Murray Rothbard, quienes sin ser nativos de habla inglesa propenden al intervencionismo de EEUU o de la NATO, al tiempo que repugnan que los Estados nacionales interfieran en sus propias jurisdicciones.

El camino a la servidumbre empedrado por la opresión imperial sobrante, es la disputa de lo que sobrevivió de ciertos imperios diezmados por el liberalismo primigenio, contra los Estados nacionales en total indefensión. La lucha contra el servilismo tiene un marco geopolítico y cultural, pero la guerra en el fondo es metafísica. Si la campaña contra el enemigo no atraviesa a lo más poderoso de los ministerios humanos, que es la filosofía, la senda ininterrumpida de procedencia eurocéntrica mantendrá los mismos principios que la progresía. La conservación de los principios y valores incompatibles con la propia cosmovisión son la ingeniería social que invalida toda batalla cultural. Vale decir, el progresismo continúa prevalente ante la incapacidad de rastrear sus verdaderas causas. Una errada casuística de la decadencia tiene como consecuencia exterminar los efectos, pero no a sus causas. La cautela de no avanzar a toda velocidad saliéndose de los principios que emanciparon al hombre de las monarquías, no es otra cosa que un liberalismo conservador. Un liberalismo cauto, que conserva su doctrina impertérrita, es la verdad que oculta el progresismo tras su caos ininteligible. La filosofía liberal

no puede más que moderar las pulsiones de su mismo espíritu de progresión constante, ralentizando su marcha para evitar su disolución. A final de cuentas, para eludir la única solución a todo esto.

El imperialismo *in illo tempore* se imponía por medio de las armas, pero hoy lo hace a través de la cultura. Esta inculturación no es solo de izquierda con la lucha de clases; la derecha es la que más fielmente puede transpolar su cosmovisión inmaculada conservando a la perfección su realidad metafísico-teológica o su verdad teológica-política. La anglosfera de origen anglicano, rama del protestantismo, ya no extiende su imperio esclavizando o colonizando, se filtra en las culturas estableciéndose como universal y cristiana. Si bien son cristianos, el protestantismo hirió de muerte a Occidente con su tajante ruptura a propósito de la catolicidad grecorromana filosófica, y no solo teológica como el germanismo luterano nacionalista. Nacionalismo que es perjudicial cuando se engendra en fueros extraños e incompatibles. La batalla cultural tiene su quid en este escenario teológico-político, y la metapolítica, si no conduce a él: se extravía en controversias y confabulaciones de segundo orden. Al igual que Antonio Gramsci, llaman a la lucha de perspectivas culturales o espirituales unificando criterios sobre la base de una praxis que, cuando se vuelve autónoma de la teoría, circula como ideología. La ideología de la Nueva Derecha reviste esta problematicidad, y su peculiaridad es que alcanza todos los límites que son posibles dentro del academicismo. En este sentido, es menester hacer una enmienda a la nueva derecha para elaborar una prospectiva que no acabe en la analítica académica, de suyo, desprovista de metafísica. Este libro surge porque ellos se han enfrentado a la derecha, pero no lo hicieron del todo bien por no afrontar a la metafísica moderna con el auxilio de la filosofía.

Occidente no depende de la “madre de todas las batallas”, va a seguir en pie independientemente de lo que hagamos. No está en nuestras manos la salvación del mundo occidental; sí lo está nuestra cosmovisión específica, sin la cual, el arrojo no es más que el desdén de lo verdaderamente propio, que no es la propiedad en tanto vida, libertad personal y bienes privados. La propuesta de este ensayo es hacer una metapolítica de la Nueva Derecha, así como estos llevan a cabo una metapolítica de la derecha tradicional. Un pensar crítico también tiene que poder criticar a la nueva derecha porque aunque defiendan al orden natural, no es una verdad de la naturaleza que la derecha sea buena. Y en vistas a que esta nueva derecha es el futuro, hay que pensarla críticamente, ya no tanto a las izquierdas que no resisten ningún análisis en términos de seriedad. La Nueva Derecha es el futuro. Su semilla germinal está brotando en las generaciones actuales y venideras. Es por eso que urgen críticas ante la inminencia de su probable hegemonía. La nueva derecha ha sabido crear lo que nadie más, una épica. Una epicidad que denota la conquista de lo popular, mediante estrategias como la utilización del populismo y otros recursos usados por las izquierdas, principalmente desde “el Napoleón de la Derecha” que es Agustín Laje. Habidas cuentas de que hasta mediados del siglo XX, todos eran lo que hoy llamaríamos “ser conservador” a comparación de los cambios de este siglo, no era una dificultad encauzar esta realidad popular en las gentes hastiadas de excentricidades progresistas. En Argentina, la ND es al nacionalismo católico lo que el protestantismo al catolicismo, a saber, sacó del sectarismo elitista de las usinas del pensamiento nacional afuera de los antros y claustros dogmatizantes, cual reforma que saca la filosofía a las calles. La libre hermenéutica de pensar a prueba y error en el ágora o arena política, es la apertura que exige todo movimiento con el más minino viso popular. Nicolás Márquez fue el artífice de la proeza rupturista contra la patrística apolítica de no poder crear una resistencia, como la que tiene a su sucesor, Agustín Laje, a la cabeza. Quien no existiría sin él, ni tampoco Javier Milei y su triunfo político que no hubiese

sido probable sin la masa crítica moldeada por este fenómeno que también sacó al liberalismo de su economicismo, y al conservadurismo de la Iglesia y su miedo al mundo.

Las batallas culturales no sirven cuando el enemigo es político: la OTAN no es atlantismo cultural, es una unidad político-militar. La NATO es más un Estado Weberiano, como lo entienden ellos (fuerza represiva o coercitiva), que una realidad cultural pasible de ser combatida desde un plano intelectual. Pues, su legitimidad no nace de los pueblos, se impone mientras no se combata ni haya oportunidad remota de hacerlo. Por eso, la Nueva Derecha puede reclutar en sus primeras filas a patriotas anti-atlantistas, hispanistas y anti-sionistas como Pablo M. Iturrieta y Cristián Iturralde, defensores de las Islas Malvinas contra Inglaterra, y que se ubican en las antípodas del Estado de Israel. Son aceptados porque están dispuestos a pujar dentro de una interna atlantista, en favor de cierta soberanía de la línea Kennedy/Trump y su lucha contra el Deep State, que supone una tensión contra la independencia de Israel de los Estados Unidos, a saber, una segunda independencia tras la lograda por EEUU que se celebra el 4 de Julio contra una Inglaterra exánime (herida de muerte en la guerra del Atlántico Sur), que murió junto con Isabel II, y que no da sentido a creer en que esta ND es sierva directa de anglosajones.

Aunque realmente, la nueva derecha no responsabiliza a ningún Estado, sino a las ONG que, al ser organismos no gubernamentales, no tienen la fuerza de las armas necesaria para hacer cumplir la ley como lo hacen los Estados. De tal suerte que, los órganos gubernamentales son los que fuerzan la obediencia y no hay discusión o cambio posible de perspectivas en la ejecución de los intereses geoestratégicos de la OTAN, Israel y el Mossad que opera fuera de sus respectivas jurisdicciones, como en el gobierno de Jair Bolsonaro, cuyo hijo es militante activo de este tipo de agencias internacionales. Con lo cual, el patriotismo que emerge de un movimiento nacional contrasta frontalmente con el de los agentes contra-terroristas, formados para la acción encubierta en Estados ajenos y de potencial peligro para el futuro de una de esas dos facciones de la grieta atlantista Sionismo-OTAN. El nacionalismo de Netanyahu, Trump, etc., es contrterrorista y judeocristiano, mientras que la disidencia en la que está George Soros, preconiza la libertad de las finanzas a costa de los Estados, siendo capaces de vender incluso personas para acrecentar su poder dinerario. A esta línea que tiene algún asidero en Rothbard y su conocido desinterés por el Estado de Israel, la justificación de la venta y prostitución de niños, se le puede adicionar el financiamiento de Rothschild al mismísimo Karl Marx para dar cuenta de la rivalidad. Pero la reciente unión de Joe Biden con Netanyahu demuestra una vez más que la historia se repite: la izquierda *woke* y la ultraderecha se hermanan para frenar al enemigo, ayer el terror de Hitler, hoy el terrorismo de Hamas.

Si un análisis no es crítico o contracultural, entonces es cultural. Analizar el ser significa analizar la cultura para quienes la consideran una verdad holística. Holizar a la cultura no deja nada fuera de ella y es una actitud estructuralista o subsidiaria de la ilustración alemana. Hablar de cultura es una forma de hablar de todo al mismo tiempo, es un concepto que lo engloba todo, pero no dice nada. Los enfoques culturales se manifiestan como estudios, no solamente acerca de la realidad, sino de la realidad más profunda. Nada más alejado de la verdad, puesto que ocuparse de la cultura, aunque se lo haga desde un pluralismo metodológico, compromete a la utilización de disciplinas serias, pero disueltas en una interdisciplinariedad que modifica su objeto de estudio. Por ejemplo, la filosofía de la cultura cambia su objeto formal, que es el ser, por la cultura; la teología, por su parte, pierde a Dios como objeto formal al pensar el impacto de Dios sobre la cultura, etc. La cultura es una excusa para ser indisciplinado, ya que, quien es diligente, domina las disciplinas sin la necesidad de ser multidisciplinario para descubrir la verdad

“culturalmente”. Lo cultural es fenoménico y superficial, es un *phainómenon* o símbolo que se aparece a la conciencia, exigiendo una hermenéutica. Esto quiere decir que, la cultura no desoculta nada, oculta hasta que se descifre su enigmaticidad. Quien dice cultura quiere engañar.

Esta obra no es un erudito y libresco repaso sobre las fuentes de autoría editorial/comercial de esta aparición cultural, pues se interroga al fenómeno de esta nueva derecha y su impacto o prospectiva verificable. No es ocioso aclarar que esta tensión interna en la derecha viene al rescate de sí misma de sus miserias y vicios que hizo de esa fuerza política una mala palabra. Esta observación revela que su apertura en busca de nuevos aliados a sus intenciones, absorbe a quienes sigan su influjo. Por ello, la propuesta de un nacionalismo de inclusión, es tal porque incluye en su movimiento a todos los semejantes, pero no le es lícito ser incluido por otro movimiento reconociéndolo superior. Esta crítica se realiza sobre la base de los pensadores más importantes del siglo XX, en filosofía Martin Heidegger, y en política Carl Schmitt (el Maquiavelo del siglo vigésimo). Este último entiende el ocultamiento del verdadero ser de la religión, en la filosofía política de Thomas Hobbes, y su teología política se encarga de desentramar la teología escondida en la política moderna. La noción de hombre como enemigo natural de otro hombre, es un revés contra la relación filial o amical que propuso Aristóteles en cuanto a su *polis* ya conformada como comunidad orgánica. Naturalmente Aristóteles tiene la razón de su lado, pero la realidad también es política y existe la hostilidad. Por esto, el falso realismo hobbesiano tiene algo que agregar: la enemistad también es una vinculación humana latente. La política late sobre la distinción amigo-enemigo. Existe una comunidad armónica y cohesiva, pero también sus desestabilizadores hostiles.

Los protocolos de la Nueva Derecha

1.1 Los peligros de la “nueva” derecha reformada o reformadora

Asistimos a una época en la que renace una tradición universal, la cual germina sus preceptos en la más íntima voluntad del hombre contemporáneo. Un proyecto que supera la ofensiva más perversa en materia cultural que se registra a la fecha, el tan mentado progresismo. La batalla cultural que se yergue frente a dicho fenómeno, es la contrarrevolución que universaliza los afanes de las naciones occidentales en una cruzada que, aunque fuera coyuntural, se desentiende de la idiosincrasia de los pueblos para subordinarlos a la dirigencia geopolítica del ala derecha del poder internacional. Y es que, una vez identificado el enemigo del mundo moderno que se ve ante la imposibilidad del progreso, los precursores del mismo, advierten la necesidad imperiosa de ocupar el espacio dialéctico que se abre por sí solo a la posible aparición de un líder que devuelva a Occidente el espíritu de los mundos antiguos. La nueva avanzada de los poderes imperantes que son denunciados por sus propios peones en el tablero geoestratégico, favorecen la misión de una nueva derecha que se expande en cada latitud del hemisferio occidental. La estrategia geopolítica de sus emisarios indirectos, porque no se sostiene aquí ningún tipo de financiamiento, sino más bien, hablamos de funcionalidad, se hace extensiva a un dominio absoluto de las posibilidades de acción política de los Estados y de los organismos supra-estatales. El control global, cada vez más perspicaz y refinado, se perfecciona fagocitando toda gesta por más entrañable que pueda presumirse, en beneficio de sus intereses. En la víspera de la tercera guerra mundial, se hace patente cuál era la verdadera intención de la batalla cultural, que alza las banderas más nobles, pero que esconde tras su discurso popular, algo más oscuro que un populismo impopular de mero onanismo intelectualista. Su consigna es perpetuar la dualidad izquierda-derecha para mantener una realidad bipolar que eternice la negación de todo género de alternativas, de cualquier tercera posición. Víctimas de una hegemonía que sustenta su poder en la pertinencia de esta díada impostada, la cual se presenta como factible ante la noción de la batalla en el plano cultural, frente a un progresismo que guarda sus orígenes en la modernidad rediviva, contra la igualmente espuria superación de la modernidad llamada posmodernidad.

Nos encontramos en un presagio de guerra a escala mundial, y la <<New Righth>> nos ha convertido en sus soldados con la excusa del oportunismo que obliga, a la postre, a defeccionar de los principios y valores autóctonos para la supuesta salvación de Occidente en su más pleno declive. El bloque occidental de nuestro tiempo es cuanta organización internacional suministre la paz mediante convenios que aseguren su prevalencia. Como ya decía Darya Dugina (1992 — 2022) mucho antes de sufrir un atentado que iba dirigido a su padre, Aleksandr Dugin, anticipando el destino que la convertiría en una joven mártir rusa: “EE.UU. y las redes atlantistas harán todo lo posible para mantener la unidad de la OTAN como su principal baluarte (...) Se desatarán represiones contra los opositores al globalismo y la orientación estadounidense, serán sometidos a la cultura de la cancelación”. Dando a entender que el verdadero globalismo es el atlantismo cultural, base epistemológica de los apotegmas y axiomas de una nueva derecha que no sufre ningún tipo de persecución más allá del repudio de los residentes de cada país que visitan, insuflados por un ideario de izquierdas. Entonces, enfrentados a todo organismo internacional excepto la OTAN, la OEA y la Unión Europea, la nueva derecha enfila el

pensamiento conservador más serio y franco en beneplácito de los intereses de quienes digitan el decurso de las cosas, convenciendo a las naciones de que el bloque enemigo (asiático/oriental/comunista) es un totalitarismo emergente que pone en riesgo al mundo libre. La estrategia final de la oligarquía financiera internacional sería hacernos tomar posición favorable a sus dominios imperialistas, contra toda multipolaridad que pueda tener lugar en las puertas de una nueva gran conflagración. Tal era la finalidad de esta lucha transversal, que deja atrás la revolución progresista destinada al fracaso por cuenta de sus propiciadores, para retornar al estadio original de la modernidad que simula una artificiosa transición hacia un paradigma promisorio para los pueblos tradicionalistas. Al tiempo que arrasan con lo que queda de la tradición oriental y aniquilan a los que se atreven a resistir la occidentalización forzada de sus costumbres fundantes, como su moralidad y su fe (islámica).

El progresismo de la New Left es, acaso, el enemigo que las élites inventaron para posteriormente dar el golpe maestro y enviar a los libertadores de las naciones actuales, que tomen el lugar de los nacionalistas auténticos cuyo discurso es secuestrado por la incorrección política de los <<Neo-derechistas>>, y así impedir cualquier insurrección contra el orden democrático. La democracia liberal burguesa es el objetivo a defender por los que terminan oficiando de agentes del eje anglo-norteamericano-israelí, pero que honestamente darían la vida por sus ideales, siendo el servicio ideal y la militancia más óptima para conjurar todo movimiento nacional. Es decir, lo ideal es que estén convencidos de que son patriotas, los cuales obrarán con convicción y sin pedir nada a nadie más que a sus mecenas voluntarios. En calidad de librepensadores democráticos que a través del debate y la sofística, pondrán en evidencia a los progresistas de cualquier inspiración partidaria e ideológica, para humillarlos y ganar conocimiento popular. Y por medio de este mismo método o plataforma que busca medrar en popularidad en distintas regiones, instalar la vía democrática como salida a las problemáticas posmodernas “por derecha”. Algo muy diferente a la Nueva Derecha de Alain de Benoist, que lejos de ser un artilugio político es una derecha francesa fiel a su tradición, de una producción intelectual idónea para las raíces culturales de Europa, pero que si se interpola a las comunidades iberoamericanas, no sería congruente aunque sea muy superior a la fatal arrogancia de injertar tradiciones impropias: como la derecha de raigambre inglesa; y es probable que, so pretexto de dar la batalla cultural, la derecha tradicional conquiste el Estado como finalidad tras una lucha política en la que se predicaba contra él, para impartir liberalismo político y económico en las naciones subsumidas a las directrices confeccionadas en acervos que no pertenecen al pueblo.

La Nueva Derecha que tiene a sus primeros intelectuales en Argentina, comenzó mostrando beligerancia contra el marxismo cultural que hoy niega, aunque persista en su lucha contra el comunismo. Una vez negado el marxismo/bolchevismo cultural, porque Karl Marx no disputaría en la superestructura pero sí en la estructura como base económica, no se dignaron a admitir que el problema era el liberalismo cultural. Esto obedece a que comparten la misma matriz que el espíritu revolucionario de las mal llamadas revoluciones incruentas de 1688, las sangrientas revoluciones liberales de las que Antonio Gramsci quería ser continuación en la inmanencia, pero desde la izquierda. Ese fue el inicio del liberalismo que ofreció batalla a la monarquía absoluta, primero de facto y después desde la producción cultural para justificar también de derecho al nuevo orden social, puesto que los vencedores son los que escriben la historia. Vencedores de batallas culturales y físicas, como la Revolución Francesa rechazada por la derecha, que no fue más que la estocada final del movimiento liberal, antimonárquico desde sus inicios. El término “Batalla Cultural”, sacado de Gramsci, no sería un revés contra la izquierda,

ya que, sin darse cuenta de la vacuidad del contenido de la batalla cultural en la superestructura que, al tomar medios de la cultura para instrumentarlos en dicho combate, el contenido depende de lo que se haga con eso y, en sí, no es más que puro formalismo. Buenas intenciones que comparten con los estructuralistas o constructivistas que dicen refutar: demarcar las riendas de Occidente desde la noción culturalista de crear convencionalmente los fundamentos más sólidos, devenidos en meras construcciones culturales, es lo que hermana ambos bandos. Si la cultura es tan determinativa para conformar el ser de la tradición occidental, entonces el ser es reductible a la cultura, tal como expone el palabrerío estructuralista de la posmodernidad. La cultura, privilegiada por los querellantes culturales, la delimita la creación humana en aras de su interés. El interés como parte racional y calculadora del alma, es el eje articulador del <<hecho cultural>> resultante del triunfo en dicha pendencia.

Las coordenadas de lucha de Agustín Laje v.g. piensan una batalla cultural desde las nociones estructuralistas de la cultura como plataforma de pugna social: concibe a la cultura no desde un anclaje cultural o trasfondo metafísico, sino que usa al constructivismo para contraatacar dentro de la inmanencia de la cultura vista desde los ojos del enemigo (*new left*). Esta inmanencia dialéctica como campo de batalla espiritual, compartimenta al otro en el lugar del enemigo, desviando la verdadera naturaleza de la relación amigo-enemigo que tiene su sede en la esfera de lo político y no de lo cultural. Esta distinción Schmittiana que separa la enemistad política (*hostis*) de la enemistad personal (*inimicus*), salvaguarda la dignidad del hombre y las relaciones interpersonales del flagelo del destrato y la hostilidad con el otro. Sin embargo, la Nueva Derecha negada a recoger la experiencia del otro para respetar su singularidad, procede a construir una imagen del prójimo como *inimicus*, enemigo cultural y no político. Si la pugna no es política porque es más profunda, y por tanto cultural, el rival en esta lucha es espiritual, moral y hasta religioso, pero no político. Este enemigo es personal y, aunque no se pelee físicamente con él, se lo hace de forma directa, sin tapujos políticamente correctos. La victoria no sólo nunca llega porque es una batalla sin término, sino que no asegura ningún anclaje ético (o en el *ethos*), pues su racionalidad instrumental solamente busca el dominio sin *autoritas* sobre el que piense distinto. Es decir, la guerra cultural se mueve sobre la inestabilidad de la cultura y aspira a instrumentalizar las argucias más contingentes para tener autoridad por sobre el otro. Autoridad pretendidamente fundada en el saber, pero tan alejada de la sabiduría como atestada de conocimientos variables y *ad hoc*. Arrojar datos reales y comprobados solo nutren de información, y un conjunto de datos no son más que información que requiere ser interpretada. Los datos no constituyen pensamiento por más científicos que sean, tampoco consisten en una *paideia* o acción pedagógica porque se limitan a informar y no aportan una formación, sino que la exigen.

Los muchas veces autoproclamados <<ultraderechistas>> se alían en una fuerza no partidaria bajo el pretexto de que “hacer política” es poco honroso, y es más serio, desde luego, <<la ciencia>> o cualquiera de las ciencias que demuestran que la política es acientífica. Atribuyéndole científicidad a los postulados económicos del liberalismo y asegurando que la prosperidad universal del mundo capitalista llevará a todos los países al sitio de la providencia, sin que les concierna la idiosincrasia de cada cual. Así, predicando el librecambismo en contraposición a todo proteccionismo que los Estados instrumenten para no quedar expuestos a las decisiones de grupos económicos con mayor poder privado, favorecen la intervención en la economía de los intereses corporativos más inconfesables. Este fenómeno no es otro que el neoliberalismo, el libre mercado que tiene como resultado indefectible una mayor influencia de

corporaciones financieras en los resortes del Estado que cualquier gobierno, a la luz del acontecer más actual. De resultas que, el capitalismo más radical no es solo el meta-capitalismo atacado por la nueva derecha como caballo de Troya para propugnar la economía de mercado en todo el mundo, sistema que tiene como eje de la economía a los procesos mercantiles que varían en el intercambio de bienes. Pero lo que es invariable en la economía de mercado, es que escapa de la política, a saber, la economía no es política para los enemigos de los Estados a nivel mundial. Si la economía no es política, porque la política precisa activamente de interdicciones estatales y planificación, estará completamente librada a la fortuna de los <<mejores>> y su mérito para acumular capital, que se traduce como poder en este sistema dinerocrático/plutocrático. Entonces, distraídos con problemas culturales, la realidad material del proceder usurario que se hace posible en los Estados inermes, continúa en las sombras y operante, mientras las comunidades se tornan conflictivas con una batalla cultural como fin y no como medio. Porque si vencer al progresismo es la finalidad de la mentada batalla, una vez pierda vigencia, ya no tendrá razón de ser. Y si bien la vida política activa es temporal y necesaria, precipitar la erradicación del progresismo por arbitrio de la ND, en rigor de verdad, aviva el fuego de un espíritu de época que aún no está listo para ser superado.

En suma, la resignificación del significante vacío <<derecha>>, se renueva por mediación de los profetas de la cosmovisión axiológica anglosajona. Esta validación de la objetividad de los valores universales diseñados por un pensamiento de genealogía anglicana, son las más genuinas y modernas valoraciones antropológicas de la producción filosófica británica. De modo que, esta ética de importación establece morada en el *ethos* de cada territorio, instaurando un modo de ser extraño al ser nacional. Empresa doblemente inmoral, bajo los oropeles de la moralidad, no solo mancillan la identidad particular de los pueblos, sino que también birlan una cosmovisión ajena, como la anglosajona, para invertir de benevolencia a su proceder errante. De manera tal, que la soberanía es vindicada por los académicos que asistan a regiones estratégicas en su formación y dicten cómo defender sus propios valores racionalmente, sin caer en un sistema de pensamiento que los pueda llevar a otra militancia nacional. Y sus prédicas son, en gran medida, lo que los nacionalistas de diferentes lares vienen anunciando desde hace más de cien años. Pero, una vez liderados los sectores políticos soberanos, la supeditación vía democrática a sus partidos con sus mejores líderes, condenan finalmente a cumplir sus designios. Fines que, haciendo a un lado la moral conservadora, quedará un sistema liberal que promete solucionar todos los problemas automáticamente, dejando todo librado a la suerte y sin intervenir, porque las personas son libres aunque estén envueltas en crisis generadas por factores alógenos.

Todos los males del pasado provienen de Gran Bretaña como motor de la modernidad (ilustración, revoluciones burguesas e industriales); los males del presente en la posmodernidad vienen de los Estado Unidos de Norteamérica como cerebro del mundo; y los males del futuro parecen tener correspondencia con Israel: gracias a la muerte de Isabel II que hace perder todo el poder que le quedaba a Inglaterra, y con la pronunciada decadencia de EE.UU., todo decanta en una reconversión del imperialismo, como ya había sucedido cuando Estados Unidos se volvió una potencia tal que condicionó a toda Europa. Pero ahora la OTAN se ve sumida en las cláusulas del nuevo imperio en desarrollo, un Estado teocrático que se legitima con el terror que despierta en propios y extraños (el primer imperio judío en la historia propiamente occidental). Por ello, a esta nueva derecha americana le interesa no tanto Israel, ni la subsunción al europeísmo de signo anglosajón, como salvar a América, hacerla grande otra vez bajo el lema “*Make America Great Again*”. Esto explica el ensañamiento contra la llamada “Escuela de

Frankfurt” que tratan de querellar, por haber sido los responsables activos de la decadencia del continente y de la hegemonía unipolar que tanto costó conseguir a la porfía estadounidense. Así, mientras en los países europeos como España, Italia, Francia, entre otros, triunfa una extrema derecha posnacionalista que coloca a la vera de su bandera nacional a la de Israel; las nuevas derechas del continente americano lo suelen repetir, con algo menos de entusiasmo o asiduidad que Vox, Fratelli d’Italia y el resto de armados políticos. Todo redundando en un secuestro de la tercera posición que, al investirse de neofascismo, revitaliza una justificación del despotismo que surge en los momentos de crisis como última oportunidad de salvarse de la anomia progresista. Usufructo que canaliza a las masas irascibles en revueltas teledirigidas por la influencia extranjera, que los patriotas de otra forma combatirían. Y los líderes de Sudamérica como Javier Milei, Jair Mesías Bolsonaro, y José Antonio Kast son el ABC del poder que arribaría como antisistema y nacional, pero que busca transpolar el esquema democrático estadounidense de *conservatives vs liberals*, unos bajo el liderazgo de Donald Trump y los segundos más dispersos en ideales de liberación y antirracismo.

La derecha reformada presenta una guerra cultural enajenada de la tradición, no es revolucionaria, sino reformista o contra-revolucionaria. Esto es, el campo de batalla es el vasto terreno de la cultura signado por los fenómenos más relevantes de nuestro tiempo. Por el contrario, una guerra metafísica no está atada a la temporalidad. Es atemporal porque se sitúa en la eternidad, y está fuera de la diacronía que arrastra al hombre a ser un mero sujeto histórico, situado dentro los límites de su tiempo y no en su *ethos* como tradición específica. La atemporalidad permite superar la superficialidad de la cultura como cúmulo general de accidentes y contingencias, por la esencia singular de la tradición. La generalidad de la cultura es una amplitud horizontal, donde la verticalidad de la metafísica pierde su veracidad radical. Entonces, la preponderancia de lo temporal o de la historia como eje de la realidad, esencializa la dialéctica de la lucha cultural dentro de los paradigmas modernos. Sus fines son trascendentales porque implican a todos, pero no son trascendentes porque la esencia de la lucha no se inscribe en lo eterno, sino en la oportunidad histórica de imponerse eliminando al enemigo. Una vez sin rivales, el *ethos* guerrero del hombre deviene en burguesía tras haber destruido su objetivo como finalidad dentro de lo inmanente. Tal es el destino del reformismo cultural de esta nueva derecha, el aburguesamiento del espíritu de lucha tras la hegemonía lograda a fuerza de vejación contra quienes se opongan a sus dominios imperialistas. Los conservadores de la modernidad triunfante, son un nuevo inicio hacia incursiones futuras que repitan la historia una y otra vez, el enfrentamiento que mantiene la sinergia derecha-izquierda en perpetua horizontalidad. El sentido profundo de la tradición no puede ser defendido por el rudimentario tratamiento que los precursores de la ND son capaces de darle. La complejidad de las dimensiones metafísicas de la tradición occidental no está al alcance de las preocupaciones intelectuales de la nueva casta del pensamiento contemporáneo.

1.2 El despertar leviatánico: Un <<nuevo>> enemigo renace

El Leviatán emerge de las profundidades marítimas en esta era de liquidación, en su doble acepción, tanto líquida como liquidada. Su elemento ordenador es el agua, y lejos de ser un mero simbolismo, es la realidad pura de una modernidad que nace muerta: donde todo está unido a todo y nada permanece en estado sólido. Y al extender en el tiempo este proceso de *tabula rasa* sobre las formas tradicionales, precipitan el final estableciéndose de manera sempiterna en un intento por adueñarse del destino universal. La modernidad emergente pretende ser el fin de las eras, ya que lo moderno nunca deja de ser lo actual. Una edad que tiene su nacimiento en la filosofía oriunda de la cosmovisión de Francia y el Reino Unido. René Descartes y los empiristas, como los ingleses Francis Bacon y John Locke junto con el escocés David Hume, entre otros símbolos de la modernidad, construyeron su filosofía desde los más auténticos lirismos religiosos de su época. Este maremágnum cultural nace de los fenómenos teológicos que, a consecuencia de la reforma protestante y la libre imprenta o la democratización del saber, aparecen en este caldo de cultivo, que no es otra cosa que la esencia de la cultura eminentemente moderna. El relativismo moderno es el dogma que esconden todas las máscaras de la cultura entonces incipientes. De suerte que el luteranismo, aunque su advenimiento haya sido inexorable, es la caja de Pandora de la que salen todos los males, pero también surge de ella una esperanza, la última. Y esta única esperanza que queda, es la de construir desde las ruinas de Occidente, la hegemonía cultural que alguna vez fue el horizonte de sentido de comunidades que no tenían la necesidad de buscar la libertad en las posibilidades que ofrece la cultura. Una búsqueda que pone a prueba el límite de las potencias humanas, en selecta actitud de la recuperación de la impronta tradicional identitaria como desafío épico y no idealista.

La cultura leviatánica es aquella que no tiene en el centro a la tradición. Sin la univocidad tradicional, sólo hay equivocidad, o sea: una cultura descentrada. Cuando no hay verdad unívoca, las verdades equívocas se desvirtúan dando lugar al relativismo, y cuando la verdad dogmática reprende a todo equívoco humano, atenta contra la cultura. La armonía entre la cultura y la tradición está en que ninguna se salga de su justo quicio. El judeocristianismo termina siendo capturado dentro de la esfera de la cultura, ya que no es ni judaísmo teocéntrico y ni cristianismo teándrico. Esto es, el fenómeno cultural judeocristiano es una hibridación que no es la tradición ortodoxa del judaísmo originario, ni tampoco la tradición de un Occidente cristiano que superó la cosmovisión teocéntrica hebrea con un teandrismo desde la Roma imperial cristiana, cuya universalidad coloca al hombre junto a Dios en la centralidad de lo sagrado. Dios como alfa y omega, y el hombre redimido como fin que da sentido a la catolicidad. En cambio, la cristiandad moderna es un fenómeno cultural protestante. El judeocristianismo sería esta cultura que al carecer de centro, todos sus elementos constitutivos pueden serlo. La generalidad de la cultura se vuelve tradición cuando es una culturalidad ciclópea y lo abarca todo. Pero no existe cultura totalmente secular, pues este judeocristianismo como matriz vigente, tiene la peculiaridad de esconder sus rasgos teológicos en la educación transmitida como herencia cultural no tradicional. De tal suerte que, las contingencias culturales están viciadas de judeocristianismo, pero no con la referencia de la tradición judía o de la tradición católica en especial. El culturalismo es la tradición vuelta un fenómeno cultural más, dentro de la homogeneidad de que todo sea contingente. La univocidad de la equivocidad, es decir, de la cultura, tiene una dinámica valorativa intercambiable donde la valuación de cada elemento es discutible, y por lo tanto, negociable. Esta valoración del culto tradicional como algo que permanece, pero sólo bajo esta

dinamicidad que se torna causa formal de la realidad, hace a este culturalismo unívoco (sin necesidad del multiculturalismo para reducirlo todo a esta estructura formalista). Y lo único hegemónico en la modernidad es el capitalismo. Su producción es lo único permanente, y la cultura se transforma en la base inmanente que dispone de todas las posibilidades de la artificialidad. Lo cualitativo queda alojado en la estructura inmanente de la dinámica intrínseca a la cultura. Lo que se produce es lo que vale y el reino de los objetos secuestra el sitio que alguna vez fue de Dios y de su creatura. La modernidad pasa rápidamente del antropocentrismo a una realidad donde la técnica ya deja de ser dominada por el hombre y se autonomiza. Todo esto es el resultado de no tener una actitud crítica ante la cultura, de no problematizar y jerarquizar las dimensiones de esta estructura matricial que se convierte en fundamento estructurante.

Desde el determinismo de la teología protestante, toda filosofía surgida de esta libertad cultural que reemplaza la libertad profunda y metafísica de la ontología humana, emprende una búsqueda de la libertad al no sentirse realmente libres. Sino, más bien, oprimidos por el antiguo régimen monárquico absolutista, que hizo desarrollar en ellos una comprensión negativa de la libertad, en aras de una legitimación del gobierno (civil). Dicho entendimiento negativo de la libertad no tiene la exigencia ética de proponer una libertad positiva, y esta moralina del pensamiento liberal que desde sus comienzos sostiene que no le es dado al hombre ninguna limitación a la libertad en su estado de naturaleza, les hizo ver la necesidad del Estado para legitimar una legislación imparcial que los someta a la igualdad ante la ley. Las jerarquías empezaban a aplebeyarse en el contexto de un nuevo genio universal que dejaba atrás el genio local (*genius loci*), merced al edicto contractualista de la igualdad antropológica como ley moral a imponer sobre todas las poblaciones, además del sesgo de que la libertad no puede ser propositiva porque resultaría ineluctablemente impositiva.

La ética protestante más allá de estar detrás del capitalismo como modo de producción hegemónica, es el suelo nutricio de todo lo que tiene lugar en el proceso de modernización. Y la filosofía liberal como primera posición política secular, basa el fundamento de la libertad a partir de la propiedad. Concepción de propiedad que, frente a la noción de que el prójimo pueda arrancar la propiedad ajena (cual lobo de otro hombre), nace la necesidad de la creación natural del Estado, según el pensamiento del padre del liberalismo, John Locke. A saber, el Estado para el liberalismo se fundamenta en la desconfianza en el prójimo, con quién se encuentre próximo, poniendo en potencial peligro a su propiedad (en un sentido lato), y por consiguiente, a su subsistencia. El gobierno tiene la función de garantizar que se obedezca el derecho natural, el cual no necesariamente es obedecido por los hombres, que pueden romper con la observancia a la ley natural e infringirla atentando contra el derecho natural de otro. Entonces, al resolver este dilema a través del poder legislativo logrando el bien común y la armonía, el Estado es el que suministra la mejor y más plena libertad del hombre; gracias a los resortes del Estado el hombre se realiza porque así es querido por Dios. Esto no solo es la verdad antropológica de los anglosajones, sino también la concepción de la libertad, que es sagrada y providencial como sus derechos naturales. Y los derechos son la sacralidad real que es igual para todos, o sea, trascendental y ya no trascendente. La horizontalidad sacralizada por el desapego del pensamiento liberal respecto de la tradición escolástica, es el giro primario que invierte para siempre la verticalidad sacra y orientada a lo superior en un sentido divino. No es de extrañar que tras semejante craso, la propiedad o lo que es más propio en el hombre, ya sea la vida, la libertad y los bienes acumulados, sean más divinos que toda metafísica que pueda elevar al hombre por encima de su mezquindad de aferrarse al mundo como paraíso o tierra prometida. La naturaleza

del Estado como algo más inmediatamente cercano al hombre que Dios mismo, empieza a tomar forma en torno a estas ponderaciones de supuesta apodicticidad.

La mentalidad conservadora tiene vasos comunicantes con la tradición más preponderante del Reino Unido, y adolece de una apreciación negativa sobre la mayoría de cuestiones antropológicas elementales como la libertad y el poder. Una carencia de fundamentación propositiva de lo que la libertad es, y trazar los lindes del hombre libre partiendo de aquello de lo que el individuo debería estar a salvo, son los esbozos de una exégesis negativa de la libertad, es decir, la libertad hobbesiana concebida como movimiento libre sin coacción. Una libertad mecanicista carente de causa final, que pretende ser ontológica pero su ser es indefinido. Esta libertad sin rasgos positivos tiene como corolario una valuación despectiva del poder, en virtud de la cual, el pueblo no debe tener poder para no corromperse, de lo contrario no se es parte del pueblo, sino de una élite o sector público (que no privado, porque implica un poder sobre los demás). Esta consideración despreciativa del hombre con poder, desdeña la actividad política y busca aplebeyarla junto con el pueblo sin libertad para un fin determinado, al concentrarse de manera excluyente en la liberación puritana de la corrupción que pueda llegar a sufrir si se hace de poderes sobre sus congéneres, torciendo el criterio de igualdad del contractualismo. Un hombre impotente y sin atributos es la beatitud o dignidad sustantiva que permite a la sociedad alcanzar el bien público y la providencia. La privación de todo valor positivo, es el carácter ascético sustanciado en el espíritu protestante que se universalizó y pretende retornar en nuevas metástasis fundamentalistas, pretextando una depuración de los males que aquejan a la civilización (pensada desde sus presupuestos).

Siguiendo con la metáfora de esta era de la liquidación, en donde nada puede habitar excepto el Leviatán que está en su hábitat natural, no solo todo *ethos* se vuelve inhabitable, también toda propiedad se escabulle entre los dedos como agua. Lo más propio espiritualmente, aunque también lo material, se escapa de las manos que no pueden retener el agua, como elemento simbólico primordial del acaecer moderno. Donde el tiempo se vuelve la plataforma del “sujeto histórico” que comparte la misma esencia que el tiempo esencializado, en un contexto de eclipse de lo sacro. De igual manera, este emplazamiento que se ubica en lo efímero de la temporalidad misma, es el norte hacia el que naufraga la espiritualidad conservadora. El espíritu protestante vació de contenido al hombre, que acumulando valores pretende hoy avizorar un horizonte promisorio desde la última de sus producciones culturales, la derecha reconvertida. Siendo esta derecha, el mismo venero político-económico que la original; un tentáculo más del endriago insular, o bien, la verdadera cara del monstruo que se mantuvo oculto a los ojos del espíritu epocal. La misma criatura tentacular que en sus motivaciones más hondas guarda el mismo conservadurismo normativista de genealogía bíblica veterotestamentaria, cuyo reglamentarismo es la ley a implantar sobre la *weltanschauung* de los pueblos a escala universal. Y con el primado de lo político consistente en la independización de la política de la autoridad del saber teológico, ético, filosófico clásico y jurídico: solo queda el poder político sin autoridad, al que hubo de adosarse un nuevo criterio de legitimidad como soporte neurálgico de la filosofía política hasta nuestro días. Paradójicamente, a la fecha, la política se piensa con miras a la legitimidad para no caer en un autoritarismo que desde Thomas Hobbes se convirtió en realismo político.

La culturalidad leviatánica tiende a una nivelación de todas las jerarquías, que se hunden al no poder edificar nada sobre las aguas oceánicas, y mucho menos una morada. La infecunda talasocracia (donde reina el poder del mar) no permite que arraigue otra cosa que la imposibilidad, incluso, de la guerra. La cultura leviatánica es la paz perpetua y es la criatura que

dio a luz al genio burgués, un *ethos universalis* que se impone en supresión de toda diferencia identitaria enraizada en el *ethos* particular exclusivo de la cultura geocrática. El absolutismo fue esgrimido desde Hobbes con su filosofía que liberó al Leviatán, y su poder absoluto ya no se rige por derecho divino, sino por el concepto de lo político. Si el absolutismo monárquico continuaba impenitente en Inglaterra, el poder absoluto vigente que detenta la conformación de los Estados laicos no iba a ser propagado como única y legítima forma de gobierno, haciéndonos hijos de una tradición a conservar desde la intelectualidad encumbrada como los renombrados Roger Scruton, Jordan Peterson, Miklos Lukacs, etc. Inspiradores de una nueva derecha que, aunque profesen afinidad por la Hispanidad, es solo un elemento más y no llegan a comprenderla si no entienden que en las regiones hispánicas no es necesario un Estado laico para lograr la armonía social, ya que, ella existía plenamente en el Imperio Español. El absolutismo español no era absolutismo comparado con el resto de Europa, solo lo fue en su etapa más decadente, pues siempre rigió en pro de la justicia y no de su capricho individual.

Salvo Carl Schmitt, todo pensador identifica al Estado con una naturaleza leviatánica que hay que detener, lo cual es noble e invoca a la justicia, pero el Estado no es lo que ellos elucubran. Su noción de estatalidad es justamente lo que el Katejón debe intervenir para que el Estado sea justo, pero no significa que esta intervención deba estar desprovista de poder o que no sea potestad del Estado conseguir el bien común. Y si esto lo lleva a cabo el pueblo, no es en desmedro de la política, sin la cual no hay Estado, sino tiranía. Esta pretensión de John Locke, de que la población civil gobierne, es el espíritu de sus tratados sobre el gobierno civil, para que el pueblo contenga al monstruo del Estado inorgánico (que es el verdadero Leviatán). Pero su sola organicidad, como la construida por el padre del liberalismo, no es antileviatánica por necesidad, pues los poderes que considera prudentes para la auto-gobernanza civil son: el que ejecute el derecho natural y otro judicial imparcial. Este último es el más importante para que no se multiplique la justicia por mano propia entre los hombres, que lleva a la generalización del conflicto hasta llegar a la lucha de todos contra todos hobbesiana como hipótesis basal. Juridicismo que proviene de concebir que la solución a un Estado que no conduzca al bien común, está en la ley imparcial que designe el castigo punitivo a uno de los litigantes en sede judicial.

El progresismo jurdicista no existiría sin la prelación lockeana de la ley “imparcial” como Katejón que brinde la justicia desde el poder judicial, con miras al merecido castigo de los infractores a la ley natural de los derechos inalienables (hoy, los derechos humanos). Este falso Katejón liberal, también es una falsa solución a la parcialidad de la ley, porque Locke fue el que ocultó desde entonces, la verdadera naturaleza de las leyes, esto es, el hecho de que son decididas por alguien. Este decisionismo schmittiano ve tras el representacionismo liberal la verdad acerca de la constitución del gobierno, que es la decisión soberana de alguien al mando, la cual no se licita en la legitimidad otorgada por el pueblo representado. Con independencia de la legitimidad que el pueblo le concede a su representante elegido, las decisiones políticas no son tomadas por “la sociedad civil” que defiende Locke, concepto que, escindido de la sociedad política, no es más que una figura retórica que enuncia su escisión del gobierno (no civil). Lo único que elige la comunidad es el representante, no pueden decidir por este soberano que supuestamente yace condicionado por la sociedad civil para la construcción de la comunidad política, custodiada por la demanda popular que si fuese el mejor gobierno posible, sería la oclocracia o gobierno de la muchedumbre, y no necesariamente una aristocracia. En resumen, el soberano decide, es decir, un hombre y no un demonio como se figuran los hijos del realismo

hobbesiano, y el Estado creado por el hombre no es violencia legítima del *nomos*, sino la *politeia* que no precisa la invención de un Katejón que contenga la malevolencia del Estado leviatánico, innecesario por ser un falso paradigma inglés.

El derecho natural que se vuelve positivo por la institución, es lo político que se diviniza por ser el Katejón que mantiene atrapado al Leviatán en un sistema de pesos y contrapesos, a las fuerzas humanas que son demoníacas sin legitimarse en la ley moderna que es la institucionalidad de ley y orden que limita lo pensable en la política y la hace sofística, contra el amor teórico insobornable. Cuando el derecho natural queda bajo el saber tecnificado de la modernidad, el derecho como pericia técnica heredada desde el romanismo o desde el derecho forjado en la Europa moderna, no permite una filosofía del derecho, pues la maquinación del pensar técnico elaborado por otros no es derecho natural, sino que lo exige, al moverse dentro de la legalidad de lo jurídicamente correcto. Las normativas del orden jurídico que no son sometidas a crítica alguna, son la reproducción de un fenómeno juricista, que solo se puede ampliar como lo hace el progresismo o retener como está (conservadurismo). Estos últimos también reducen todo a lo jurídico en cuanto piensan desde la igualdad ante la ley, que en sede ontológica son capaces de negar o de afirmar. Pero el problema es que esta ley que iguala, la encarna el Estado de derecho, el cual es un Leviatán si su finalidad es la seguridad y no la justicia que aportó la filosofía griega. Este Estado gendarme o leviatánico tiene como causalidad final la seguridad y no la justicia, que es de naturaleza social y no asocial, ni jurídica o de la naturaleza del más apto. Apartar del horizonte a la justicia que no puede ser de otra forma que social, al ser una justicia humana y no divina, es la manifestación irrefrenable del Estado Leviatán que la New Righth dice recusar. El Katejón no es otra cosa que la justicia, pero no la justicia ya pensada y reglada en la división de poderes del Estado de derecho Europeo, sino la filosofía del derecho o en torno a la política para que el derecho natural sea meditado y no caiga en la técnica de legislar más derechos o menos derechos individuales.

La cosmovisión que el protestantismo recupera en la modernidad, es la <<cultura del oído>> de origen hebreo. La cultura que se basa en escuchar la palabra sagrada (de Dios), sin necesidad de revelación de la verdad para sostener la fe, en contraposición a la <<cultura de la vista>> de curtiembre indoeuropea que, en efecto, exige esa revelación frente a sus ojos para creer. La cultura judía es genealógica y escucha la historia contada a través de la palabra, transmitiendo su tradición por medio de la esencia de la cultura: la palabra que versa sobre los hechos que componen la historia. Ergo, la diferencia metafísico-teológica fundamental entre estas dos vertientes es la diferencia ontológica u ontoteológica más determinante de la realidad que llamamos cultura. De modo que, el uso y abuso de la palabra como recurso exclusivo para proceder en la historia, como actúa la nueva derecha naciente, es la proscripción del fundamento buscado exclusivamente por la tradición hispano-católica con el auxilio de la filosofía griega y el derecho romano. La sacralidad de la palabra que la línea anglosajona hereda gracias al anglicanismo (rama del protestantismo) como sustentáculo de su cultura, es la falta de filosofía escolástica en su pensamiento. El bagaje cultural, que en su diletantismo, transforma a los medios culturales en la finalidad, impiden trascender hacia un fin de orden superior, y así todo es cultura (la suya, porque es “ciencia rigurosa”). Es decir, la cultura moderna es la búsqueda ya no de las esencias, sino de los hechos fácticos narrados para dar testimonio de su cosmovisión y elevarla como imperativo para todos los demás. La falsa universalidad del espíritu protestante anglosajón, es la propaganda de sus fenómenos culturales promocionada por su lucha cultural a través de la palabra predicada. Pioneros en el relato difundido desde su producción cultural,

supieron esconder la verdadera naturaleza de la batalla metafísico-teológica en su falsaria batalla cultural, instrumentando la palabra libre sin fin. Y parafraseando a un santo, a título personal: ¡Exigimos menos palabrería liberal y más respeto por la verdad profunda del hombre!.

El fariseísmo cultural de la línea conservadora no puede ser más que la negación o la postergación de la verdad en beneficio de la cultura del debate, de la sofística en la que se somete a la verdad, relativizándola en pos de quien mejor usufructúe la retórica, o lo que es lo mismo, al mejor sofista. Así cimentaron el camino de la Nueva Derecha sus principales exponentes, Nicolás Márquez Noriega y Agustín Laje Arrigoni, que secundados por otros intelectuales en el dictado de cursos arancelados en moneda extranjera, mercantizaron la batalla cultural. Mercantilización de una presunta batalla espiritual que terminó por convertirlos en los mercaderes de la cultura occidental en Hispanoamérica, porque ya no es ocio sino una negación del ocio (negocio). En una batalla por la cultura, por el predominio del pensamiento, los fines pueden ser múltiples cuando no son explicitados. Su finalidad no puede ser un proyecto de nación, ya que su alcance es global. Una vez culminada la contienda de la derecha culturosa, quedará una izquierda procrastinada, un reinicio económico y la subsecuente ausencia de un proyecto nacional, que obedece a que los detentores del poder ocupen ese lugar para garantizar un Estado débil, sin planificación autónoma. Construir un proyecto soberano será imposible cuando la casta dominante aclamada por la multitud, bajo la égida de la seriedad, el orden y el progreso, sea la intachable dirigencia política que conduzca intelectual y emocionalmente las riendas de un pueblo totalmente convencido de servir al nuevo orden. Confiar en las gestas orquestadas en el ámbito extranjero no puede tener otro desenlace que la dependencia a los fines prescriptos a largo plazo por quienes se volverán enemigos, sin importar las bondades que en un corto plazo en el poder puedan llegar a dardivar. El bien solo lo merecen aquellos pueblos que lo consiguen sin apoyarse en los poderes exógenos al espíritu de una comunidad organizada políticamente bajo los designios de sus más genuinas potestades.

1.3 La ideología neo-derechista: Hacia el nuevo <<Occidente>>

La Nueva Derecha es un desconcierto; procede examinando la praxis de los fenómenos políticos y su adecuación con la teoría o doctrina correspondiente, es decir, hacen metapolítica. No obstante, si se adecuaran praxis con teoría, se acaba su impugnación contra esas prácticas políticas totalitarias que denuncian como tales. Entonces, si su crítica a todas las demás teorías políticas apuntan a la praxis, atacan al plano ideológico, ya que la praxis sin teoría es mera ideología, y la teoría sin praxiología no es política porque sin ideología o aplicación práctica, no hay conexión con la realidad a prueba y error. El enigma de este fenómeno neoderechista también repercute como una nueva ideología en ciernes, pues hay una conducta o un *ethos* como segunda naturaleza que se transforma en hábito, pero no es la cosmovisión de ninguna región cultural. Si cabe una definición para la nueva derecha, esa sería un conjunto de ideas caóticas que, con propósitos geoestratégicos atlantistas, prefiguran un hombre universal y abstracto desde las fuentes más vernáculas del pensamiento anglosajón, y por elevación, de la modernidad europea, para arraigarlo a sus fenómenos culturales ofreciendo respuestas a partir de las problemáticas actuales que tienen su origen en el influjo principalmente británico, durante los albores de la burguesía como fuerza pública. De tal fortuna que, si el hombre burgués revolucionó como nunca nadie en la historia, marcando un antes y un después separando al mundo moderno del mundo antiguo, conservar esa revolución es la consigna del atlantismo. Mientras que, un continentalismo que defienda su cosmovisión frente a una falsa occidentalidad como la que tiene a EE.UU. en América, a Inglaterra en Europa y a Israel en Oriente, es la única expresión legítima en materia de acción política que se puede esperar para el bien de cada comunidad en el orbe.

No sería descabellado pensar que la nueva derecha esté diseñada para instalar un patriotismo sin contenido, que funcione como tabula rasa sobre la doctrina nacional de cada pueblo para sustituirla por la patriotería derechista ingenua. Agustín Laje, por ejemplo, afirma ser hayekiano filosóficamente y no se preocupa de que su inspiración esté constituida sobre supuestos teológicamente disonantes con la fe fundante de su patria, ponderando la libertad individual por sobre el compromiso crítico de defender metafísicamente la razón de ser de la argentinidad. Y desde ese lugar pretender explicarnos cómo tenemos que pregonar nuestros valores habiéndonos apartado de nuestra doctrina nacional sistémica. Estos gurúes de la Nueva Derecha aborrecerían ser incluidos doctrinariamente en las glosas de un Adolf Hitler, de un Benito Mussolini y hasta de un Juan D. Perón; pero no tienen ningún doblez en, de acuerdo a la razón, entregarle su vida a la militancia de obrar con arreglo a la teoría de alguien cuyas cavilaciones se proyectan hacia la libertad de comerciar, y en su proyección ética, tiene la puesta en práctica de su cosmovisión judaica, no necesariamente compatible con todas las demás. Empero, el primero en llevar adelante el ideario neoderechista en Argentina no fue alguien tan popular como A. Laje. Fue Gabriel Zanotti, quien ya venía predicando una filosofía neoconservadora de la que se desprende una economía neoliberal en combate contra todo colectivismo, según la cual, toda acción comunitaria significa un elitismo que sojuzga al resto de individuos en una relación de dominación. Porque la acción humana libre es la iniciativa de carácter privado y no la política que acciona desde lo público, y al estar estatuida, es un accionar de arriba hacia abajo y no al revés. Lo instituido siempre es despótico o ineficaz porque evita el orden espontáneo del pueblo, según los criterios de esta perspectiva que se fragua con un modelo antropológico nítidamente inglés, cuya sordidez valora al poder como algo negativo. El poder en manos del hombre es

peligroso, y es peor si se potencia colectivamente o en grupo: la política no es un medio posible, abre rumbos ideológicos de toda índole, según sus apreciaciones. Pero lo cierto es que la ideología es necesaria para la aplicación práctica de la política, es la praxis imprescindible con todas sus virtudes y defectos, para que un gobierno cumpla su función y no caiga en la prescriptiva transnacional o en el mercantilismo. El mercado no tiene ideología, por eso el neoliberalismo se opone a todas ellas sin advertir ser una, y que destruye tanto material como espiritualmente a las naciones.

Defender al pueblo desde el orden espontáneo, romantizándolo discursivamente, es pregonar que el pueblo continúe desorganizado. El desorden es la característica primera de los pueblos que carecen de organicidad política. El pueblo es inorgánico hasta que logre ser una comunidad organizada políticamente. La soberanía es del pueblo cuando su organización política es propia, pero cuando el orden internacional impone el modo de organizarse, propugnar la soberanía es defender el sistema. El costado más patriota o nacionalista de la Nueva Derecha es esta defensa a ultranza de los Estados nacionales que, con un gran realismo y pragmatismo político, confunde a la patria con el modelo democrático liberal de fabricación estadounidense. Esta soberanía no es la autarquía del pueblo, sino la sujeción de las poblaciones al moderno Estado-nación, decretado desde fuentes impropias a la acción política de cada comunidad. De este modo, es una aporía ajustar los intereses del pueblo a una disposición que está fuera de su comunidad y pretender representar su voluntad más soberana. Y privar al pueblo de generar sus propios líderes populares que vayan contra el verdadero orden, que es geopolítico y no cultural, viola todo orden espontáneo porque se torna inteligencia: pensamiento nacional surgido de la aristocracia del espíritu de quienes conduzcan ejerciendo un poder de arriba hacia abajo, o sea, jerárquico. Una aristocracia no burguesa, no es temerosa de la reacción del gentío que quiera levantarse contra esa política de Estado, ya que es lo mejor posible para todos y no solo para la mayoría. Algo que ningún pensador de la Escuela Austriaca ni de la Escuela de Chicago (también conocidas como “la cuna del neoliberalismo”), podría llegar a plasmar en su individualismo metodológico. Un ordoliberalismo custodiado por el pensador argentino Fernando Romero Moreno, escritor del libro *La Nueva Derecha*, que a pesar de ser crítico de todo liberalismo, mira con buenos ojos un liberalismo ordenado. Este liberalismo con *logos* es, no obstante, un orden capaz de esquematizar el sistema actual que conspira contra la justicia de la totalidad de los integrantes de una nación.

En síntesis, la derecha del siglo XXI podría clasificarse en tres elementos constitutivos: neo-conservadurismo, neo-liberalismo y neo-nacionalismo. La internacional derechista comporta tanto neoconservadores como neoliberales con basamento en una reconversión del derecho natural que subvierte al liberalismo primigenio, que es Estado-céntrico, pero que desde la Escuela Austriaca de economía se pasa al dogmatismo anti-Estado característico del liberalismo actual. Con la diferencia que la ley natural o consuetudinaria se mantiene en un orden espontáneo que rechaza toda ley positiva por parte del Estado, sin admitir el poder supraestatal que se ejerce cuando no hay un gobierno nacional que imparta sus dictámenes. El más sutil anarquismo que sustrae la legitimidad del Estado y de los tres poderes creados por el liberalismo clásico, para vertebrar su economía apolítica y que ésta tome las riendas de la sociedad. Un pensamiento anti-económico (porque los objetos pueden valer más que las personas al no tener límites objetivos) inspirado en la teoría subjetiva del valor, conforme a la cual, las cosas valen según cada quien considere, y si el valor de algo por necesidad fuera equivalente al valor de su vida, entonces una botella de agua en el desierto puede tener el mismo precio que la vida de un urgido sediento. Las peores extorsiones sobre la condición humana quedan legitimadas en esta solapada esclavización

de los necesitados al capricho subjetivo con que los propietarios valúan sus bienes y se disponen a intercambiarlos. Igualando la valoración de la vida o de los valores mismos según cotice la bolsa de valores bursátiles a la hora de volcar el valor subjetivo a los productos, y confiriendo una objetivación pura a la condición humana, al tiempo que intentan demostrar la diabolicidad del Estado. Bajo esta preceptiva, el patrón pecuniario de las finanzas es el valor real y no el producido por el trabajo, porque subjetivamente puede desestimarse y estimar con libertad a las operaciones especulativas que no producen nada más que acumulación inequitativa, una finalidad que es cuantitativa pero que presentan como cualitativa e igualmente benefactora para todos. Tal es la insolidaria actitud de los emisarios indirectos de la Pérfida Albión resurrecta gracias a las usinas de pensamiento que mantienen viva su cosmovisión, pues la tradición es algo vívido y perdura en el espíritu conservador que la practique con pasión, sean conscientes de ello o no.

La compatibilidad de este neoconservadurismo con el neoliberalismo (o liberalismo actualizado al calor del progreso capitalista), tiene como su último eslabón un posnacionalismo o neo-nacionalismo que no es más que un patriotismo con anuencia internacional. Un nuevo nacionalismo que aprendió de sus errores totalitarios y ahora se preocupa por concertar con las propuestas de derecha, postureando afinidad hacia las ideas conservadoras y liberales, delante de un enemigo peor, persuadidos por el miedo. Congeniando con los ideales de la derecha histórica que brega por transformar a su país en una potencia económica, y dando la batalla en la cultura para tal fin. Renunciando a los intereses geopolíticos en donde verdaderamente se tejen los hilos del destino patrio, para procurar que el patrón Dinero sea el horizonte moral de la comunidad. Y llegan inclusive a ser ultranacionalistas, que embravecidos en su patriotismo con una doctrina errabunda, cierran filas con el nacionalismo genocida de los gestores del Estado de Israel en alianza estratégica. De esta manera, trabajan para subalternar al nacionalismo de cada territorio a esta nueva derecha que se erige sobre los despojos del movimiento nacional, robando el sentido al viejo nacionalismo execrado vulgarmente. Y en su búsqueda del buen vivir, disfrazan su pensamiento burgués en uno aparentemente clásico, sin abandonar el economicismo de su ideología, según la cual solo es digno vivir bien y la pobreza es la indignidad. Pero la economía no es lo principal. No se vive bien, se muere bien. Saber morir es más importante que haber vivido para enriquecer a la patria y llevarla a la abundancia, he ahí el honor y la probidad.

La Nueva Derecha puede salvarse de ser una ideología por no tener un contenido del todo preciso o por ser un significativo vacío, no se reconoce como tal porque cae en un nominalismo, en una categoría vacua que camufla a la vieja derecha al rebautizarla y abrirse a nuevos ámbitos. Aunque lo mejor que tiene es su dogmatismo que no da tregua al progresismo. Ahora bien, ese dogma no es específicamente católico y bien puede pertenecer a la ortodoxia de las más diversas instituciones religiosas. El estatuto ideológico de la nueva derecha es idéntico al de la tradición de la derecha inveterada: le dan continuidad a los mismos errores que dicen haber superado, verbigracia, no asumir su implicación política como una comunión igualmente ideológica que todas las corrientes modernas desde el liberalismo político (ideología por antonomasia) en adelante. Y por más que fuera la mejor o más sensata, al negar su carácter ideológico incurre en el peor de los fundamentalismos, en aquel que no necesita fundamentos claros para ser legítimo. Un movimiento que al recusar toda alternativa a su pensamiento por tratarse de meras ideologías, se coloca como la verdad que encamina a las religiones a una unión contra las izquierdas (ya que son puras ideologías).

El predominio del liberalismo filosófico se recupera en una gesta que se enfrenta al laicismo

ilustrado, pero no a la secularización subyacente de esta ideología, la cual estriba en el cese a la lucha entre religiones para unir las a toda costa. Un sincretismo religioso que niega a cada una de ellas como verdad revelada para ponderar la paz y derivar el conflicto hacia la posmodernidad o verdadera secularización. Cuando, en rigor, la verdadera secularización es analizar a la religión como un fenómeno cultural que es lo mismo para todos, y por tanto, son intercambiables entre sí, porque vale exactamente lo mismo una fe heredada que una elegida con libertad cosmopolita. La religión pensada para el hombre universal y abstracto es un fenómeno más dentro de la vastedad de la cultura, quedando relativizada al no ser el centro de la cosmovisión de cada *ethos*. La ND pone el foco en la cultura, y cuando lo hace en la religión (y no en las religiones diferenciadas), no se refiere a la religión oficial como habrán de pensar sus acólitos, sino a la dicotomía entre la religión y el ateísmo. Aunque el ateísmo más efectivo sea lo que siempre propuso la masonería: suprimir las diferencias religiosas unificándolas a todas, y no hay mejor forma de hacerlo que contra un enemigo común. El progresismo es la explicación a la reacción de las religiones que fundamentan su unidad en la necesidad de afrontar a la irreligión, y no en su dogma porque de él no puede salir una discursividad seglar requerida para la disputa política.

La religión vs la irreligión es la duplicidad que sirve al sincretismo de disolver la verdadera ontología de las religiones en pos de una sola, cual fenómeno “New Age”. La New Right no puede defender la especificidad del cristianismo porque pretende abarcar a todos los credos del mundo Occidental contra la decadencia que el progresismo engendra sobre ellos, pero además para confrontar a Oriente Medio. La disyuntiva espuria a la que quiere inducir es a la de Occidente vs Oriente, rompiendo con la armonía entre hemisferios con estimaciones de la tradición oriental urdidas desde categorías occidentales, y condenando al islam en todas sus formas tratándolos de fundamentalistas que corrompen la libertad del hombre. Sin ningún antisemitismo, deslizan un desprecio o islamofobia que deja afuera a la fe de los habitantes de Medio Oriente de la unidad entre las religiones del mundo propia de la tradición perenne y su sabiduría arcaizante. Es por eso que la guerra debe ser metafísica y no cultural, el trasfondo es teológico y está delimitado por un orden trascendente que rompe con la diversidad ínsita en la cultura. La batalla es cultural, y la singularidad del culto va a contrapelo de la cultura que queda divinizada cuando se corta el vínculo sagrado con la ritualidad en la que subyace una clara distinción teológica. Diferencia que comprueba la verdadera práctica cultural, cuya profundidad vertical se contrapone a los fenómenos culturales que construyen su jerarquía a partir de contingencias ajenas al sentido ontológico de cada pueblo.

Solo pueden hablar de una nueva derecha quienes no conocen el sentido hondo del nacionalismo, aquellos que fundan sus motivos en la Doctrina Social de la Iglesia, que es la misma para cada comunidad porque es universal, pero que es ciega de lo popular, a diferencia de la doctrina Justicialista (de raíz argentina) y de la doctrina que cada pueblo sea capaz de elaborar para sí. Las derechas de hoy propugnan el sentido común intentando representarlo, pero el verdadero sentido común no se representa, sino que está en lo popular. Lo común es popular, el núcleo de la unidad es lo popular. La comunidad popular no tiene representación política, el concepto anglosajón de “representación” es el fundamento de la legitimidad del sistema que crearon para subsumir a las naciones a su ideología: a su sistema de ideas que ocultan una voluntad de poder. La derecha quiere dejar de ser mala palabra para imponerse otra vez como opción a los efectos de evitar la hegemonía de la izquierda, la cual renueva su sentido de lucha contra aquella. En vez de superar el problematismo moderno de la contradicción entre derecha vs izquierda, buscan profundizar el error con una batalla cultural dentro de los pueblos para no provocar el choque

espiritual de cosmovisiones, como es la verdadera batalla que tiene como motor inmóvil a la fe fundante y sobre la cual se despliega la disputa por la conquista de Occidente.

2

La inviabilidad de la derecha cultural

2.1 La trampa discursiva de la New Right

Los orígenes de la Nueva Derecha Argentina se pueden hallar en el nacionalismo católico, prueba de esto es que el responsable de su formulación es Nicolás Márquez, quien es liberal en lo económico, conservador en lo cultural y soberanista católico, aunque no justicialista. A pesar de que el nacionalismo católico no sea liberal en ningún aspecto ni se limite a conservar desordenadamente los valores, la preocupación por el ser nacional y su formación intelectual, lo posicionan como el católico más estratega a la hora de fundar un movimiento capaz de ampliar los márgenes del sectarismo ultranacionalista. La cerrazón de los nacionalismos incapaces de trabar alianzas con el movimiento nacional justicialista, su discurso clerical y la impotencia para llegar a los jóvenes, fueron factores que despertaron en el mentor de la derecha nacional, la búsqueda de la ampliación de los sectores más tradicionalistas para su admisión en la discusión

pública. Luego de encontrar a su aprendiz más dilecto, el analista político Agustín Laje, fueron perfeccionando su tarea en la batalla política (que después descubrieron cultural). El politólogo meditaba la praxis política a nivel internacional, pero no tardó en darse cuenta que la politología no era una disciplina que les permitiera combatir los desmanes culturales que subyacen la decadencia en las diferentes regiones. Los análisis politológicos y hasta geopolíticos se ciñen a diagnosticar la praxis política rigurosamente, pero no pueden pensar más allá de un estado de cosas, de los hechos a disposición. La necesidad imperiosa de abandonar las superfluas diagnosis que abundan, es lo que llevo a Agustín Laje a resignar sus diagnósticos políticos para profundizar en las condiciones de posibilidad de la política: más que la cultura, que ya tenía tratamiento con N. Márquez, se inmiscuyó en la filosofía política. Convertirse en un teórico de la política era el único camino para superar a su maestro y concretizar una batalla cultural con proyección política real. Laje tiene una teoría política, algo que ningún otro había elaborado, y gracias a la filosofía política es que dejó de contemplar a las ideologías en su mera aplicación práctica, para poner el foco en la teoría propositiva que le dé futuro a una derecha renovada.

La nueva derecha cultural es filosóficamente contractualista, a saber, al igual que todos los filósofos del contractualismo, parten de un estado de naturaleza que supone una igualdad antropológica, además de una falsa disyuntiva entre lo puramente natural y lo puramente artificial. Por otro lado, un filósofo no religionario sino judío, como Karl Marx, ve una desigualdad antropológica de base, que se vuelve natural pero principalmente es el resultado de los artificios legales que alienan tanto a opresores como oprimidos. Esto quiere decir que Marx no separa a lo natural de la política como si se tratara de puro artificio convencional, aunque piense que lo natural se puede transformar en virtud de los cambios políticos. A lo que apuntan las filosofías de izquierda es a la utopía de la igualdad, que ya se sabe inexpugnable, y por tal motivo se persigue este imposible para acercarse a la justicia; mientras que para las filosofías de derecha, se da por supuesto el igualitarismo antropológico y por eso no se lo combate, sino que se lo reafirma desde el Estado sometiendo a todos a la igualdad ante la ley. Las izquierdas luchan contra la realidad desigual del hombre, y las derechas luchan por desigualar la realidad igualitaria del hombre, advirtiendo el horror de permanecer en iguales condiciones sin poder acumular más bienes que los demás. Poder diferenciarse en su singularidad frente a otros, es la lucha consignada por la ideología de las derechas como método de individuación, el cual es siempre artificial (político, cultural, etc.). Pues, la igualdad es una dotación natural del hombre, y como no tiene la libertad de salirse de su naturaleza, no le queda más que diferenciarse culturalmente. Esta pugna cultural se la concibe individualmente, una disputa de todos contra todos. No es una lucha de una región cultural contra otra, es una filosofía leviatánica de conflicto constante, pero intelectual y no físico. Las singularidades radicales de estos individuos se constituyen no solamente con su progreso intelectual, también requieren ser determinadas distinguiéndose las unas de las otras. Es decir, cada singularidad radical se sustancia tanto en su profundidad racional individual como en su diferencia igualmente profunda con el otro, necesita apartar a las singularidades exteriores en razón proporcional al progreso de su pensar. Esta expulsión radical de otros en virtud de la propia singularidad como base, pierde de vista a lo común con los otros como criterio fundacional, y con ello, deja fuera de foco la experiencia del otro totalmente inaccesible. Desquiciar al hombre de su relación con los otros es filosofar desde la diferencia y no desde lo común, por más que se presuponga el sincretismo antropológico como aspecto trascendental humano desde un provisorio análisis hipotético deductivo (moderno).

La Nueva Derecha inexorablemente termina haciendo filosofía, y aunque posean titulaciones o

galardones académicos que se acrediten fielmente a esta disciplina, su calidad de filósofos deja mucho que desear. Las producciones filosóficas que no llegan a ser tales, degeneran mayormente en sociología. La Escuela de Frankfurt, por ejemplo, podría encuadrarse dentro de una sociología filosófica, y la *new righth* podría ponerse en parangón con estas intentonas de filosofastros. Ora partiendo siempre de una matriz cultural o social (artificial), ora empezando sus edificios teóricos desde un estado natural hipotético (lockeano) pensado por otros, o lo que es lo mismo, no pensado. Tomar prestados elementos del liberalismo político o de la anglosfera, puede incluir retazos selectos de la tradición griega y latina, pero conduce a los mismos accidentes y soluciones en las que incurren. De ordinario, piensan desde el *zoon politikón*, y como el hombre es un animal social, pasan a meditar la sociedad actual. Este recorte que consiste en abordar una cuestión de la sociedad y su casuística, es el método sociológico por excelencia. No cabe duda que lo hacen con diligencia, pero su refutación a las teorías que asignan roles sociales completamente discrecionales a las personas de ciertos colectivos, rescatan al individuo de estas etiquetas o clasificaciones para asignarles otras. Se discuten los roles negándolos o señalando yerros pero no se cuestiona la centralidad de la sociedad, tratando de abandonar el individualismo atomista. Este falso comunitarismo no aboga por la persona en sí, sino más bien por la interpretación de su rol como actor de la comunidad. Lo que quiere decir que ambos comparten el mismo error de poner o quitar categorizaciones que representen a nivel masivo a cada quien, olvidándose de la ontología de la persona que es ajena a su estratificación en grupos minoritarios o subgrupos colectivos, reducidos a masa social. Sin una antropología filosófica adecuada, solo queda criticar a las masas de idiocia cultural castigando la decadencia sin dar nunca con una posible solución que no sea: manipular a la cultura para configurar mejores personas, las cuales se adecúen a los estándares que ellos creen que deberían inscribirse. Confiados en que la sola libertad los lleve a ocupar esos roles, defienden esos modelos de la misma manera que sus adversarios abogan por los roles de género y no por las personas adscriptas en ellos. Adherir a los ideales de esta ideología o aquella, es suscribir a un proyecto de ingeniería social que no se agota en la descripción de los fenómenos sociales.

La ingeniería social de la Nueva Izquierda tiene el mismo *modus operandi* que la de la Nueva Derecha, aunque los segundos puedan presumir de buenas intenciones. Ambos operan desde el giro discursivo, que en el academicismo contemporáneo goza de aceptación consensuada, debido a la teoría política que prima en vista de la actividad política postmoderna. Como afirman los voceros de la ND, Pablo Muñoz Iturrieta junto con Agustín Laje y Nicolás Márquez, que los actores de la política hoy influyen discursivamente y no con actos concretos que respondan a las demandas de la gente, es suficiente con hablar para convencer a las masas de que sus problemas se están resolviendo. Esto es tan cierto que no es preciso ser un político para tener impacto en la cultura, basta con la discursividad para resolver todo asunto de naturaleza política. Lo curioso es que todos pueden participar de la política con las nuevas tecnologías que facilitan el acceso a la virtualidad, escenario privilegiado de la batalla cultural, como dice en el libro homónimo su autor A. Laje. Contienda cultural que delimita lo posible en la esfera política, en la cual, acontece la teatralidad del debate entre posturas progresistas y conservadoras que se resisten a este giro discursivo, pero que caen en la misma dialéctica. Esto sucede porque utilizan el mismo método dialéctico que sus contrincantes, al reducir la verdad a la erística. En su ministerio por vencer a la izquierda, convenciéndola de desistir, se enfocan en los principios que rigen la lógica de la argumentación, en cuyo aspecto formal se soslaya el contenido de sus propuestas que adolecen de la misma insustancialidad.

La batalla cultural que cultiva al pensamiento dialéctico como filosofía primera, ubica a la filosofía lejos de la política. Allí donde dos cabezas piensan mejor que una, no hay filosofía, sino política. La filosofía es la única disciplina en donde una cabeza piensa mejor que dos, de lo contrario no hay filósofo, hay políticos e intelectuales. La estrategia de la New Right es dar la batalla en la cultura para obtener resultados políticos afines. La ausencia de una teoría política en estos ámbitos es denunciada por Laje, quien postula la suya propia, rechazando el economicismo que entraña la economía política. La economía política como estructura basal no puede formular la pelea en la superestructura, o sea, en la cultura. Entonces, las teorías económicas tienen que ser supeditadas a una teoría política en donde todos los fenómenos de naturaleza social sean ordenados en un soporte inteligible, a fin de elaborar proyectos políticos. Una política de Estado que no ignore la superestructura como área forjadora de la vida común, está atenta a los dispositivos de poder que moldean el desarrollo social. Pero esta verdad de que el poder está presente en un lado o en otro, presupone una toma de posición en contra del ejercicio del poder de los contrarios. Tensión que perpetúa el trampantojo del hegelianismo de izquierda. Los hegelianos de izquierda son los que establecen la filosofía de Hegel en el terreno político, demostrando cómo detrás de éste, se dirime todo cuanto repercute en la sociedad. De resultas que los dispositivos de poder, tanto de la derecha que sea como de la izquierda que fuere, se sirven de esta perspectiva neo-hegeliana común en el estructuralismo y el posestructuralismo (ya sea desde una macro-física del poder como desde una micro-física del poder). Si, en vez de pensar desde una micro-física del poder y disputarle a la izquierda filosófica cada pequeñez que proponga desde la discursividad de la derecha filosófica, se pensara desde una macro-física del poder para no perderse en cada nimiedad discursiva, se hallaría el sustento de los dispositivos de poder que perpetran la confrontación a nivel universal. La diferencia entre la nueva izquierda y la nueva derecha es algo difusa cuando la teoría crítica frankfurtiana tiene el mismo propósito que el pensamiento crítico de sus detractores: liberar al hombre de las estructuras ideológicas dominantes. Aunque lo busquen hacer en un sentido opuesto, despojar al ser humano de la ideología como obstáculo para librarse de los poderes invisibles, no llega a ser ni siquiera la libertad como la concibe Hegel: como esencia del espíritu humano.

2.2 Clericalismo vs progresismo. Un dilema burgués

La Nueva Derecha se vale de un discurso secular, como se mostró en el apartado anterior. No es dogmática, más bien es moderna en sus principios generales que, al ser los mismos que el progresismo ubicable antes de la postmodernidad, son el freno necesario para que el progreso no se estrelle de un golpe con la realidad. Tampoco descende a un relativismo grosero, pero su mismo espíritu también lo porta un progresismo que es brutalmente conservador en su dogmática. Dogmatismo que incurre en el absoluto de que no hay verdad absoluta. Distinto a las bases epistemológicas modernas que sostienen verdades absolutas, pero alcanzadas desde sus metodologías, cayendo en el dogma de las ciencias positivas como depositario de la verdad. De manera que, la ND se puede fragmentar en dos grupos, uno que no es del todo dogmático y otro más bien clerical o que recae en cierto fundamentalismo. Una primera línea de la New Right, que hoy serían la dupla Márquez y Laje, junto con otro dúo que podría ser Miklos Lukacs con Pablo

M. Iturrieta, y una segunda línea intelectual de este armado internacional, en la que cabe destacar a muchos argentinos: primeramente el sacerdote Javier Olivera Ravasi, nacionalista católico; el último en sumarse de esa misma corriente, Cristián Iturralde; con menos conocimiento público pero con mucha actividad académica, Fernando Romero Moreno; y alguien que estuvo siempre junto a los fundadores, Horacio Giusto; también se podría agregar a la comunicadora M. Fiallo Flor. Guerreros católicos que efectivizan una corrección a la batalla cultural preconizada por los neoderechistas de primera línea, sugiriendo una batalla espiritual para no perder el centro nodal de todo obrar (Cristo). Es esta enmienda la que deja sin efecto las críticas que se arrojan sobre todos ellos, por parte de muchos que, a pesar de no tener sotana, reclaman poner a Cristo por encima de toda especulación laica o científica. Intelectuales como Dante Urbina, Antonio Capponetto (mentor de Cristián Iturralde), entre otros, sostienen una filosofía cristiana que termina siendo anti-escolástica (como el grotesco aporte de Enrique Dussel), ya que borra la línea divisoria entre la filosofía y la teología. Confundir el sendero de la fe con el de la razón, o reducirlo todo a la teología usando a la filosofía como sierva de las prescripciones teológicas, se podría denominar “teologismo”. El error teologista o teologizante ya lo comete el más importante de los templarios de la Nueva Derecha que no tiene discurso secular: Javier O. Ravasi.

J. Ravasi tiene un punto partida filosófico que es implacablemente acertado para pensar en sede teológica, lo que yo llamo: la diferencia teológica. Una distinción de orden teológico que si no se realiza, no se puede pensar lo religioso. Vale decir, el Dios cristiano no es el mismo que el Dios judío, el Dios de los musulmanes, y todos los demás pensados teológicamente (aunque filosóficamente se pueda sostener que todos son la misma idea de Dios), pues ese es su objeto de estudio. Ahora bien, en sede filosófica no se puede comenzar con criterios teológicos, ya que, por más que tengan el mismo objeto material que es la realidad, no comparten el mismo objeto formal. El objeto formal de la filosofía no puede ser Dios, y el de la teología debe ser Dios. El ámbito objetual de la filosofía es el ser, y no la preeminencia del ser supremo o de sus atribuciones, cuya ontología no tiene que estar primero porque no se manifiesta nunca como ente. Cuando el punto de partida de una indagación filosófica es el ser supremo, se llama ontologismo, por lo que es preciso comenzar por el ente. Pero tampoco es filosófico en *stricto sensu*, tomar a la res divina como contenido formal del ser. Es filosofía estricta llegar a la divinidad como causa ulterior, mas nunca empezar por lo divino, puesto que ninguna divinidad puede ser ente, y si lo es, este error se llama ontoteología. Filosofar desde el sumo ente o pretender desde el inicio alcanzarlo, es una ciencia que tiene puesto el fin antes de empezar, y la filosofía no es una ciencia que tenga puesto delante el objeto último de su inquisición. De todas maneras, Ravasi no es un filósofo y, en definitiva, todo lo que lleva adelante es teológicamente correcto. Acontece que, la filosofía teológicamente correcta no es filosofía, sino clericalismo, no importa que tan políticamente incorrecta sea. Este lapsus condena a los representantes secundarios de la ND a no poder corregir el presunto desliz secularizador de los que se ganaron ese puesto como los máximos exponentes de la Nueva Derecha, en la cual, no sería bueno un giro teológico.

El dilema burgués de la obcecación dogmática en oposición al relativismo absoluto que entraña el progresismo, pone de resalto una pereza intelectual digna de quienes no pueden filosofar con delicadeza en torno a estos pormenores tan escabrosos. Ciertamente, solo dos neoderechistas de primera línea se presentan como filósofos, M. Lukacs y P. M. Iturrieta. Ellos son los que menos se mortifican en una conservación acérrima del occidentalismo cristiano o romanismo, pero se

inmolan en fundamentos un tanto hoscós. En el caso de Iturrieta, cercano a la Hispanidad y lejano a la occidentalización genocida procurada por el ilegítimo Estado de Israel, y hasta reivindicador de la argentinidad de las Islas Malvinas, rivaliza con los estructuralistas y posestructuralistas. Si bien sus argumentos son concisos en lo referente a la confrontación debida ante tanta influencia de estas corrientes críticas, que no han recibido una crítica a la altura, no basta con denunciar sus males. Para criticar se requieren criterios, dado a que no es juicioso criticar desde ningún lugar. Nunca es prudente criticar desde el sentido común, enfrentando a la *endoxa*, siempre valedera, con los esquemas teóricos de la autodenominada <<teoría crítica>>. De tal suerte que, la falta de una teoría específica para superar la fundamentación sistemática con que la Frankfurter Schule (Escuela de Fráncfort) construye una filosofía crítica, significa la impotencia para confutar sus glosas esenciales. Dicha filosofía crítica se opone a las filosofías dogmáticas como las que se derivan de lo que llamamos teologismo, y también se distancia de filosofías lo suficientemente relativistas como para no poder sustanciar una teoría. Pero la crítica siempre es *in situ*, y no se puede criticar desde el común sentir del pueblo, más bien, al crítico se le debe pedir que no sea falaz al escudarse o basarse en el sentimiento común. Es cierto que las masas no piensan lo mismo que ningún teórico, pero esta alusión no deja de ser una falacia *ad populum*. La retórica o el discurso derechista es el sustrato de esta avanzada contra la incólume New Left. Y aunque este populismo sea efectivo estratégicamente, no es competente para aniquilar teóricamente al adversario.

El estructuralismo no es filosofía, es sociología filosófica, puesto que su objeto formal no es solo la realidad, sino la realidad social. Da por sentado que el hombre es un animal social y, por eso, olvida al individuo para fijarse en la estructura social como cultura que precede al sujeto. Este sujeto aislado de la sociedad, como ellos estiman que se pensó desde antiguo a lo humano, para los posestructuralistas como M. Foucault, va a ser retomado. Él dirá que <<el hombre ha muerto>> pero querrá recuperarlo, deconstruyendo lo que los estructuralistas tomaban como constructo social y fundamento. Esta destrucción del basamento epistémico de los frankfurtianos, que analiza lo teorizado sobre la sociedad y no directamente a la sociedad, permite algo nuevo. El postestructuralismo nos acerca nuevamente al objeto formal de la filosofía que es la *theoría*, y no criticar teorías ya articuladas por otros, sin embargo, el giro lingüístico desvirtúa toda su operatoria. El campo operatorio de estos últimos termina siendo filológico, y no rescata al sujeto de estar sujeto al sitio que se le asigne por el teórico social, y la sociedad también se vuelve centrífuga. Se pierde a la sociedad y al individuo después de haberlos separado infructuosamente intentando descubrir el origen relacional del poder. Para contrarrestar el poder que está imbricado en el sentido común, hay que usar la razón críticamente, según estos autores. Algo que no está mal y es una especie de *sapere aude* posmoderno, pero sus fines son sinuosos al desanclar al hombre de su intersubjetividad.

La intersubjetividad no es lo mismo que el sentido común, porque uno es causa del otro, y defender al segundo no es otra cosa que abogar por algo variable. Esta tendencia es la actitud natural para filosofar en la que estuvo atado el genio anglosajón que, a través de sus máximas referencias intelectuales modernas como los empiristas liberales J. Locke, Jeremy Bentham y hasta Stuart Mill, ensalzaron el sentido común. Thomas Reid fundó la escuela filosófica del sentido común, reaccionando contra el racionalismo y el escepticismo. Este *sensus communis* es una actitud sumamente antifilosófica del pensar, una apelación que no indica nada más que la experiencia sensible a la que son tan afectos los británicos en sus cavilaciones. El sentido común no expresa verdaderamente el *ethos* o la cosmovisión profunda de un pueblo, sino las

subjetividades que colisionan unas con otras y no llegan a conformar ni siquiera un horizonte intersubjetivo cohesionado. Esta afección a un pensamiento débil o ingenuo también puede alcanzar al mismísimo M. Lukacs, al proponer un anclaje en el común sentido o *endoxa* que tiene cada pueblo. Pues, si el hombre está siendo modificado cultural y hasta corporalmente en una manipulación de masas, el sentido común es el primero en cambiar, y aferrarse a él es ser presa fácil de la maquinación transhumanista. No obstante, hay que aclarar que su lucha contra el transhumanismo es impecable, pero sostener en sede filosófica que el ser humano puede dejar de ser humano y sufrir a un “cambio antropológico”, no es una visión sustancialista del hombre. Pensarlo como ente, y que luego, a instancias del transhumanismo, se dé un pasaje de ente a neo-ente, es coherente con una antropología filosófica que piensa al hombre en su faz óntica y no ontológica. Es decir, el neo-ente está tan cosificado como el ente, o lo que es lo mismo, defender al homo-sapiens frente al homo-deus (de Harari), es proteger la parte inmanente o material dentro de las ciencias duras.

Este recorte antropológico, del ser humano como término científico que alude al homo-sapiens y no a su trascendencia, no es siquiera antropología filosófica. La ausencia de la metafísica para defender al hombre desde una perspectiva integral, lo desorbita de su esencia y abre las puertas del cambio antropológico, consistente en que muchos accidentes provocan un cambio sustancial. Con esto quiero decir que es cierto que muchos cambios en el hombre producen un cambio en lo que es como ente, pero formalmente estaríamos arrancándole su dignidad por haber pasado a ser un nuevo ente. Los entes no son criaturas, cualquier cosa es un ente, y un neo-ente no hace más que reafirmar la cosificación que la gnoseología occidental aplicó sobre la condición humana, como pensaría Martin Heidegger. La relación sujeto-objeto que convierte al hombre en objeto de su propia subjetividad cuando se piensa por mediación de las ciencias, es deshumanizante después del aporte de Heidegger. Un humanista repugna la deshumanización teórica que comporta considerar como ente (y nuevo) a un hombre que está sufriendo un “cambio antrópico”. La idea de hombre debe seguir siendo la misma: no existe una nueva antropología. Su antropología no filosófica es biológica y cultural, cuando no biologicista y modernista.

La verdadera problematicidad no es la tecnología sin más, el problema en sede filosófica es la técnica. Las ciencias cada vez más tecnificadas son el problema irreductible a la tecnología, porque aunque seamos prudentes con los recursos tecnológicos, no significa que estamos fuera del peligro de la maquinación de la técnica. La técnica se vuelve contra el hombre cuando los dominios de los artificios humanos se autonomizan y el reino de los objetos acota el espacio vital natural. La técnica no precisamente es la creación de objetos tangibles, también pueden ser las leyes intangibles de una institución las que ocupen un lugar más humano que sus creadores. El Estado hobbesiano es una constancia de esto, porque su institucionalidad es la que saca al hombre de una relación natural de enemistad latente con sus congéneres. Lukacs confiesa ser un hobbesiano convencido, alguien que no abjura del estado natural que los contractualistas usan provisoriamente como hipótesis preliminar. Vale decir, alguien que aparta la naturaleza humana de los artificios que lo transforman en civilizado y lo sacan de su primitivismo. El reino de los objetos aportados por el hombre son el medio que le da sustancia a un nuevo hombre ya no primitivo o a un cambio antropológico. Esto no es otra cosa que una antropología que describe al hombre desde su civilidad constituida y no desde su ontología. La naturaleza humana es algo que hay que abandonar para pasar a un mejor estadio civilizatorio, parece ser la premisa anglosajona de una realidad civil (política) que niega un estado natural para un hombre nuevo. El Estado como matriz de sentido y de humanidad, hace al Estado de derecho que destronó a las

monarquías, la tecnología privilegiada para dignificar al ser humano. Tal es así, que la dignidad no es ontológica o de atribución intrínseca al hombre, sino que como en el pensamiento europeo, es de atribución extrínseca: el tan repugnado Estado que por tal motivo conciben como un Leviatán que hay que detener para salvarnos de nuestras propias creaciones, que cuando se vuelven autónomas, este mecanicismo convierte al hombre en un engranaje más.

El *katechón* o transliterado Katejón, es lo que contiene al monstruo creado por el genio inglés, al que llamamos Estado. Para detener al Leviatán que viene por nuestra libertad, es necesario un nuevo artificio. La división de poderes es la solución que Montesquieu encuentra para que el equilibrio estatal no sea perturbado por la naturaleza humana perniciosa, tendiente al caos y el abuso si no está tutelado o constreñido por la entidad a la que nos referimos. El Estado se volvió totalitario desde el momento en que las monarquías parlamentarias fueron pisoteadas por la razón secular del liberalismo anglosajón, dejando bajo las prescripciones políticas de la oligarquía burguesa ilustrada, a los inermes súbditos del nuevo orden. La transición de la sociedad teológica-política a la sociedad política liberal, es la voluntad ciega de un patriotismo basado en el sentimiento que en Rousseau constituye el pacto de la voluntad general. Donde curiosamente no hay libertad de no tener ese sentimiento común, no hay libertad de no sentir lo que toda la comunidad al unísono, habla del carácter autoritario solapado de la política nueva en respecto de la antigua. Al igual que en la estética de la nueva derecha: una *aisthesis* o sentir patriótico informado como buena voluntad que todos deben tener para la construcción política, pero que al no ser apriorística, es un *ethos* como segunda naturaleza que se cultiva artificialmente.

Esta decisión de actuar por el sentimiento sin contenido, es una pura forma a priori que valida toda acción política como patriótica. Un arrojo sin contenido es una pura buena voluntad que justifica un voluntarismo que, al suponerse bueno, puede ser cualquier cosa o puede hacer tabla rasa sobre los pueblos sin diferencia ninguna. No hay libertad de no pactar políticamente para estas nociones burguesas, es un pacto irreversible de un autoritarismo inédito para la historia occidental, al tiempo que claman libertad desde los resortes del Estado leviatánico y asesino de la libertad ontológica. La libertad ya no es ontológica, sino política (y estoy hablando del filósofo liberal más suave y francés). Reprueban la liberación, pues ella significaría abandonar su libertad estatuida, conservadores de lo instituido por sus principios rectores de un autoritarismo inaudito e insólito. La libertad que no pertenece a la voluntad o arbitrio de cada persona sino a la política tecnificada, queda envuelta en el dominio de la técnica que ellos disfrazan de libertad.

El conservadurismo que se posa sobre la libertad frente a la liberación, aunque no se reduzca a una comprensión negativa de la libertad, tiene como valor supremo a la libertad definida con límites o responsabilidades públicas. Esta libertad es un espíritu o ideal desagregado de la voluntad, ya que, si se comprendiera que la voluntad es la libertad misma cuando está informada por la razón, no se la colocaría como horizonte sin adecuar la racionalidad con la realidad. A saber, si ponderasen a la voluntad libre como punto de partida antropológico, como lo es la *voluntas* cristiana, no partirían de la buena voluntad del hombre (como en el caso de Kant), sino de una voluntad libre que no necesariamente es buena. Suponer la bondad del hombre, que tiene como fin ser libre y no ser bueno (porque ya es bueno), prioriza a la libertad como deber moral. La moralina de la filosofía moderna piensa al hombre como alguien que es bueno, pero le falta ser libre, en vez de pensarlo desde una libertad ontológica proclive al pecado, pero que le falta mejorar para evitar seguir cayendo en el pecado. Este yerro de pensar a la libertad como la esencia del espíritu humano (Hegel), es arrancar a la libertad de su fundamento que es la voluntad. La escolástica ponía a la voluntad de Dios como algo que el hombre no es libre de

tomar, pero la filosofía idealista secuestra la voluntad de Dios y la hace propia. El espíritu hegeliano es la voluntad humana que se diviniza y autonomiza como ideal de libertad: la causa final del ser humano. De manera que, el triunfo de la libertad es el triunfo de la voluntad, y el voluntarismo pertenece a un registro despreciado por significar una ultraderecha hostil. Aunque el hegelianismo conservador es la verdadera naturaleza del progresismo.

Europa desde Descartes en adelante se ordenó convirtiendo a la realidad en objeto de sus representaciones y no en sujeto al que deba adecuar su intelecto. El ser ya no es la evidencia de la extensión o de la verdad inmaterial de Dios, ni tampoco el ego, sino sus cogitaciones. La *res cogitans* es la evidencia del ego porque nadie más que uno mismo puede pensar, pero el pensamiento es el ser, y en virtud de este es que puedo decir que soy y que todo lo demás (incluso Dios) es. Luego de la consolidación del paradigma moderno en el siglo XVIII, donde arriba la apoteosis del racionalismo con la autoconciencia que ilumina ese yo para poder llegar al ser, se consagra la entronización de la razón. Pero en el siglo XIX el romanticismo de la época condujo a Karl Marx a invertir esta primacía del pensamiento, pudiendo percibir una realidad que estaba siendo ocultada por los avances de la técnica o tecnificación moderna. Arrebatarle a Occidente su racionalidad parece ser una negación de la razón en pos de lo dionisiaco (como insinúa Nietzsche), pero es innegable que se trata de una actitud filosófica que sale a la luz con estos pensadores de la sospecha. Una reticencia no con el prójimo, sino contra la tradición filosófica indoeuropea que le fue privando al hombre su sentido cualitativo. Marx ve que el ocio se había desvirtuado tanto que las soluciones venían de la negación del ocio (*negotium*), es decir, del negocio. Las relaciones mercantiles se volvieron el valor humano, lo que vale ya no es el hombre ni su pensamiento, aunque todo el racionalismo venía diciendo lo contrario. El romanticismo reacciona ante la decadencia de una racionalidad acrítica que condona el verdadero desarrollo del ser humano disminuido a fuerza productiva. Si el valor de lo humano está fuera de sí, enajenado de su unicidad y puesto en objetos que circulan en el comercio, la causa formal ya no es el amor como establece el cristianismo (mucho menos de Dios, convertido en mera representación), sino que es el capital. El capital humano se autonomiza de su creador y también se transforma en causa material, y el hombre no es más que la causa eficiente de este sistema donde la mercancía es la causa final al desarrollarse a costa de los seres humanos. Esta inversión ontológica es el ser concreto del capitalismo que consumió el obrar humano tomando su lugar y además el que otrora pertenecía a Dios. Tal es el ateísmo (no de Marx, como queda demostrado) del espíritu que el protestantismo invistió en el pensar de la filosofía liberal.

John Locke redujo la antropología a los principios inalienables de la vida, la libertad y la propiedad como elementos inseparables del individuo. Por derecho natural es sagrada la vida (orgánica), la libertad (como potencia y nunca como acto), y la propiedad (privada). Estos principios jurídicos, pensados fuera del contexto real evocan una frase como la de Ortega y Gasset que reza que el hombre es el hombre, y también su circunstancia. La vida en el contexto de las revoluciones industriales era vivir para trabajar y la vida se reemplazaba, en caso de defunción, con otra nueva vida a la que expoliar vitalidad para seguir aumentando (inconscientemente) la cuantía de los objetos, cuya acumulación era símbolo de valor para todos los hombres que no podían pensarlo como algo hostil. Su creación se levantaba contra el que los creó, no contra el burgués que se apropiaba de ellos. La libertad, en ese momento y tal vez aún hoy, está dentro de los límites de las posibilidades del sistema, esto es, no hay libertad de salirse del sistema hegemónico de producción porque eso significaría morir de hambre. El liberalismo jamás pensó a la libertad en acto (sí a la vida), porque se la concibió negativamente, siempre en

potencia de ser. La libertad en potencia se abre a una infinidad de potestades, mas no es esta la realidad de nadie que no sea burgués. La propiedad privada sí es en acto, lo que quiere decir que para el liberalismo, la libertad es potencia y llega a ser en acto cuando se apodera de un bien. Ergo, el proletario no es libre pues todo lo que produce va a ser comercializado por la burguesía. Entonces, no solo los bienes materiales le son enajenados al trabajador, sino también sus derechos naturales vistos como inalienables por la filosofía liberal, como su libertad porque no tiene como librarse de sus paupérrimas condiciones materiales de vida, y finalmente su vida cuando es perjudicada hasta en lo orgánico (su salud), sin mencionar lo inorgánico y su dignidad trascendente. Estos vejámenes son la inhumanidad resultante del pensamiento (y no de su negación) más profundo de los últimos siglos de la historia occidental. Ahora bien, si el negocio es la negativa al ocio, no significa ni que los negocios son pactos con demonios, ni que siempre esté mal negar el ocio. Negar la ociosidad o refutar las concepciones erráticas como hizo Marx, puede vincularse a un espíritu de sutileza. Un ejemplo de esto puede ser su frase “La religión es el opio de los pueblos”, la cual puede ser un craso o bien una descripción de la situación que atravesaba el mismo período decimonono. Pues, romantizar cosas como el valor de la religión por sobre cada uno de ellos, era inclusive despreciar la razón de ser de la religión: que si no es funcional al hombre, no hay virtud y no tiene que ver con lo superior.

En el libro *La batalla cultural* A. Laje versa sobre tres acepciones de cultura: una dieciochesca, una decimonónica o antropológica, y una encasillada en el arte, pero no hay una crítica a las categorías impuestas por la modernidad europea. Este eurocentrismo ni siquiera antiguo, no permite atacar al enemigo que verdaderamente vale la pena cuestionar metafísicamente. Atacar a la cultura es una actitud contracultural que no se contenta con quedar con la adhesión de la mayoría y ser mejor estimado u obtener la más alta ponderación como intelectual. Tomar elementos de la cultura como medios culturales para fines también culturales, es estar bajo el reino de la cultura. La cultura como extensión estructural privilegiada, que deslinda todo lo que es real en la sociedad contemporánea, es la primacía de la generalidad de la cultura por sobre lo que está más allá de su inmanencia. Todo lo que trasciende de ella, queda subordinado al primado de la cultura, incluso la metafísica. Y de esta cerrazón no es probable salir sin una filosofía de alto vuelo, para no ser un crítico de la cultura con criterios igualmente culturales, en una indefinición que solo usufructuando una ideología que le de contenido a este formalismo, es capaz de conferir la legitimidad de una serie de dispositivos de poder.

El mito de la cultura en la modernidad reemplaza a la gracia divina que no es mito sino logos, la cultura no es logos porque es un *apeiron*. Los avances en la cultura se dan por gracia de la libertad y no por gracia de Dios (por mor del espíritu santo). Sin la gracia está la desgracia del pecado, pero no reina el pecado donde la gracia se encarna en la cultura, en cuya inmanencia todo vale. El pueblo está a salvo en la cultura, en la libertad de equivocarse el vulgo no cae en desgracia. El espíritu del pueblo es la libertad que insufla su cultura (*volksgeist* y no *weltanschauung*). Desde Lutero hasta Hitler, la guerra cultural fue el leitmotiv del espíritu teutón. Este patriotismo cultural es la filosofía que situó en el folklore a la universalidad cristiana que no se cierra a un pueblo elegido. Pero la trascendencia ahora se da por mor de la cultura y no por causa de la realidad que es la misma para todos. La creación del hombre, y no de Dios, es la mitología que se ubica en donde yacía no la literatura o la estética, sino el Occidente cristiano y su racionalidad, que no es mítica, porque no se reduce a la estética. La filosofía que había sido hasta entonces el andar occidental, retrocede a las creaciones mitológicas que siempre existen en los pueblos libres. Es patente que cuando impera la cultura no se puede avanzar, lo único que

progresar es la indeterminación y el retroceso. Luego, las leyes son las que definen a la cultura quitándole su indeterminación para imponerla como ley moral y natural. La cultura, en definitiva, es lo que el hombre hace con lo que hicieron de él y del resto de la creación. El quehacer humano desarreglado del quehacer divino, y atacar a la cultura, hoy es oscurantismo.

La nueva derecha propone, con un discurso secular, la creación de relatos que compongan una narrativa lo suficientemente ubérrima para sembrar sus frutos ideológicos, especialmente en los jóvenes ávidos de referentes. Agustín Laje, inspirado en su padre intelectual Nicolás Márquez, expresa el imperativo de convencer con la pluma a través de relatos que patenten la superioridad que la derecha tiene respecto de la izquierda, en líneas generales. Esta literaturización de la política no es original, se trata de una estrategia realizada por muchos ideólogos. Empero, relatar la realidad desde recursos literarios que la expliquen metafóricamente, es hablar de lo real indirectamente. El pensamiento teórico tiene la obligación de hablar de la realidad de la forma más directa posible, los rodeos literarios no pueden encarar la política o la sociología con un mínimo quantum de seriedad. La literatura posee un estatuto ficcional, y la realidad social nunca es algo ficticio. Un referente suyo como Jordan Peterson es conocido por ser escritor de “no ficción” (por no decir autoayuda). No existe dentro de la literatura la no ficción; si un texto no es un relato inventado, entonces no puede ser literatura. Y si ni siquiera es literatura, ni llega a ser un texto académico de psicoanálisis, sociología, filosofía, etc., nos damos cuenta que estamos leyendo basura editorial con fines de lucro. Aunque volviendo a J. Peterson, en efecto, hay retazos psicoanalíticos combinados con datos extraídos de investigaciones interdisciplinarias (como hoy es de uso común). Esta interdisciplinarietà de la academia en la actualidad, es el remedo de la filosofía, e incluso de todas las disciplinas que son usadas sin criticar la pertinencia de las mismas para los más diversos fines.

Las ocurrencias de la Nueva Derecha se formulan a partir de manuales satíricos y literatura con fines lucrativos o diletantes. Prueba de esto es la formación de Nicolás Márquez, la mente maestra de la derecha argentina, quien admitió que su libro de cabecera es la sátira llamada *Manual del perfecto idiota latinoamericano*, escrita en coautoría. Allí, aparecen glosas burlescas a propósito del modo de pensar “tercermundista” de los hispanoamericanos y de su actividad política, a la que asocian con el nacionalismo idiota y el caudillismo que retrasa a los países llevándolos al subdesarrollo aislacionista. Calificando al peronismo como un estatismo “chupasangre” que expolia la riqueza de los ciudadanos, negando así que el capitalismo sea el que vive de la sangre (de lo humano) de la prole. Una continuación de este manual es *El regreso del idiota*, otro trabajo de los mismos autores de dudosa reputación intelectual (que no vale la pena ni mencionar), junto con otra entrega intitulada *Últimas noticias del nuevo idiota iberoamericano*, que pueden ser un puente entre este desdén por el pensar criollo y el último libro de A. Laje *La generación idiota*, que respeta el mismo patrón. La idiotez ya no es privativa de cómo se ejerce la política (populismo, odio antinorteamericano), sino que ahora esa condición alcanza una magnitud cultural. La idiotez ahora es generacional y tiene repercusiones en la política, lo cual se debe a no estar a la altura de una mayoría de edad simbólica como se ve en la ilustración. Una sociedad adolescéntrica que padece el no poder facultarse para obtener una mentalidad proveya. Semejante estadio refleja la decadencia actual, pero no examina las causas que la propician, pues describir fenoménicamente la realidad es atacar los efectos y no las causas que habitan tras siglos de inculturación anglosajona sobre las poblaciones hispanas en América. Y si el abordaje es global, desatiende la especificidad de lo más relevante de la cultura y anterior a ella misma, vale decir, piensan a un ser humano descentrado de su *ethos*. Por más que mediten

a un hombre dentro de su contexto cultural e histórico, desconocer la verdad metafísica de cada estirpe es no tener en cuenta las particularidades que conforman la pluralidad en el mundo.

Ser contrario al globalismo y a la justicia universal exige no tener una visión antropológica que entienda al hombre universal y abstractamente, como si fuese un ente sin contenido inmaterial subjetivo o intersubjetivo. Este contenido metafísico solo puede ser pensado por la filosofía, ya que las demás disciplinas conciben al alma como algo trascendental y como un ente material (mente). Si la esencia del hombre es la mente o cerebro, entonces este modo de pensar es científico. Pero si pensamos la verdad honda del europeo, en la actualidad tiende a reducirlo todo al *pathos*, a las pasiones como punto de partida de lo humano. Tal individualismo es la continuidad subsiguiente del cartesianismo y sus antecedentes más cercanos: la filosofía inglesa. Los filósofos del Reino Unido como Francis Bacon, que en su materialismo gnoseológico o empirismo, da inicio a la autonomía de la gnoseología como problema fundamental de esta filosofía del conocimiento; y Thomas Hobbes, cuya preocupación esencial no es la justicia, sino la filosofía política para describir la naturaleza de la monarquía sin usar recursos teológicos, inaugura un secularismo donde el ser de la política no es una verdad teológico-política porque ahora es exclusivamente política. Este primado de lo político no tiene a la justicia como finalidad, y esto se repite en todos los filósofos posteriores hasta llegar a lo más actual. Desde el racionalismo cartesiano hasta Heidegger, no está la justicia como causa final, sino que vemos un individuo que dice “soy” y que el ser se sitúa en su temple anímico o *pathos*. En Heidegger el hombre está situado en lo que le pasa, templado anímicamente, adolece siempre de algo. El verdadero adolescentismo sería filosóficamente todo el pensamiento moderno, que aunque presuma de un racionalismo de la mayoría de edad, tiene como punto de partida al adolecer o al conocimiento sensible postcartesiano como lo primero en el orden del ser. Una predisposición falsa siendo que el hombre está dispuesto a la justicia, algo que está ausente en estos pensadores, pero curiosamente no sucede esto en la filosofía fascista del siglo XX. Esta discontinuidad trazada por filósofos nacionalistas como Carl Schmitt y Giovanni Gentile, estriba en que no permanecen bajo el primado de lo político, sino que representan el primado de la justicia. La prelación de la justicia de un Carl Schmitt que recupera la teología política como metodología de estudio de la verdad tras la política que se muestra, es comparable al giro maquiavélico pero a la inversa. Y G. Gentile con su arremetida contra el idealismo sustanciado en el espíritu del que Hegel hizo voluntad general de la historia humana, quiebra el voluntarismo ciego con un último intento por rescatar la justicia como causa final de la política.

2.3 El problema de la cultura de la vida y de la cultura tanática

Es imprescindible meditar a la cultura de la vida y a la de la muerte como un problema para no caer en el dogmatismo de hacer la realidad reducible a las dimensiones vitales humanas o a su negación. Sin dudas, las batallas físicas, siempre que se suscriban a una lucha metafísica, son una obligación ética para defender lo trascendente no solo desde las ideas, sino también materialmente en la vida práctica. Estas contiendas temporales, que se inscriben en el desarrollo histórico de lo estrictamente terrenal, son un estandarte del Gibelinismo que profesan autores como el pensador argentino Lucas Carena. Dicho investigador parte de la diferenciación entre Güelfos y Gibelinos como identificación del talante que se vislumbra en el modo de esgrimir al mismo enemigo. Sin focalizar en el enemigo, este distingo se ocupa de escudriñar no solo el estilo, también el espíritu con que se predispone a pelear por una cosmovisión cristiana de Occidente. La nueva derecha en distintas expresiones, generalmente de extracción anglosajona, se dispone a batallar culturalmente y nunca físicamente, ya que la naturaleza de la guerra viola el principio de no agresión que funda el pacto contractualista de la filosofía liberal. Esto ubica a la nueva derecha comandada políticamente por Javier Milei en Argentina v.g., en el güelfismo negador de las pugnas que se dan en la dinámica de lo mundano. Esta repulsa por la violencia connatural a lo humano y, sin lugar a dudas, a todo lo que tiene vida, es un idealismo que también puede ser cristiano (propio de las tendencias güelfas). Esta forma de pregonar a Occidente es la batalla en sede cultural que, curiosamente, en vez de sublimar o estimar por más de lo justo a lo material, se observa un desprecio por el mundo terreno y sus elementos constitutivos. Este *ethos* güelfo o modo de habitar, imbuidos de anglosajonería, no es una sobreestimación de los objetos sensibles y lo concupiscente, se trata en rigor, del desprecio por las cosas producidas por el hombre. Un ejemplo claro es el capital, el dinero creado como sustituto simbólico de los objetos que se estiman valiosos por su valor (capital) monetario, o dicho de otra manera, las cosas no tienen valor si no es porque son pasibles de intercambiarse para obtener ninguna otra cosa que valor pecuniario acumulable. La acumulación de valor virtual se refleja hoy en los mecanismos financieros que favorecen el lucro como sustitución de los objetos reales, depreciados como producción genuina y separados de toda armonía con su creador. Lo grave es que el hombre termina sin poder tener una vinculación cultural con las cosas cotidianas que conforman su experiencia vital cotidiana, resultando en un desapego a su realidad material en virtud de la abstracción de la cultura. Todo culto es practicable, pero la cultura se autonomiza en la modernidad en un *kosmos noetós*, cuya ajenidad al mundo sensible traza un paralelismo que violenta el *ethos* o la cosmovisión verdadera en la que habita el ser situado. Algo que no ocurre en la filosofía platónica, pues su ontología es la del ser para la muerte y no para la vida.

El error filosófico de despreciar lo material o las fuerzas íferas como la capacidad de usar habilidades brutas y corporales, es una repulsión por la inmanencia que termina superponiendo la trascendencia en su lugar, o haciendo trascendente a lo inmanente. Estimar por menos de lo justo a los objetos físicos conduce a un falso materialismo como sucedáneo de lo real, por su representación simbólica: ésta es la esencia del idealismo. Lo que se solemniza con esta preceptiva es la representación o la idea de la cosa. El empirismo del Reino Unido parecería ser una prioridad desmedida por lo sensorial, pero la desmesura es el rechazo que tanto anglosajones cultivaron respecto de lo tangible, amando sus ideaciones autonomizadas que llamamos “elementos culturales” como si su sustancia ideal arrebatará la sustancia de cada cosa en sí. Por parte de la germanidad, el influjo luterano sentó las bases de un desprecio por el mundo terreno

que los judíos y los católicos no tienen. Esto es, el judaísmo posa su fe en el creador de un mundo que no puede ser malo, puesto que la suma bondad no crearía algo que no fuese bueno. El catolicismo también tiene como piedra de toque a la creación divina, y aunque los cristianos reformados no puedan decir lo contrario, cierto ascetismo monástico que excede a meros hábitos monacales, se cultiva en el espíritu de los pueblos atravesados por las doctrinas de una cultura autonómica. A saber, la cultura despojada de la tradición católica adquiere una autonomía que es el suelo nutricio del espíritu humano, y ya no del alma como principio de operaciones materiales en la vida práctica y también espiritual, sino el ánima como pura trascendencia inmaterial. El espíritu es principio vital y no hay incidencia del materialismo aristotélico, repugnado por la querella protestante contra el tomismo, una mutilación pseudoplatónica de lo corruptible que el puritanismo cualifica como pernicioso para las almas. Un alma tan pura que se eleva fuera del mundo y busca trascenderlo con una ética protestante que recupera al espíritu indoeuropeo que más al norte está. Esta tradición hiperbórea que no tiene pudor de menospreciar todo lo físico en aras del espíritu, es continuada por la Iglesia reformada por el pensamiento alemán. Los teutones, desde Lutero hasta Heidegger, han reducido el alma a una pura abstracción, al espíritu que le saca a lo óntico (es decir, a los entes), su sustancia atribuida por Aristóteles. Sin la *ousía* solo queda un *eidos* platónico, que en Aristóteles sería la entelequia. Pero todo esto redundante en pensarse en oposición a la naturaleza corporal o sensitiva, abstrayéndose de lo más inmediatamente real que es el contacto con los sentidos. Este espiritismo que recusa lo corpóreo es el causante de las filosofías de la vida que no son más que un existencialismo que convierte en metafísica a las experiencias vitales: el vitalismo es una metafísica de la vida que pretende superponerse a la totalidad del ser. El espíritu como subjetividad o experiencia sensible del hombre hecha metafísica que no se considera estética y se postula ontología, oculta a la muerte y totaliza la vida. Este espíritu es una forma pura aunque lo ponderen como nervio de la vida o encarnación del ser para la muerte. Hegel retoma el espíritu y tiene a la libertad como esencia, y el vitalismo de Nietzsche le dice sí a la vida, sí a todo lo que implica la vida incluyendo a la muerte.

2.4 Meta-política de la Nueva Derecha. La fenomenología neoderechista

La metapolítica, como lo indica su nombre, es ir más allá de la política, o “de otro modo” que la política. Ninguna otra disciplina que la filosofía puede ir más allá de la política, ni siquiera la filosofía política que normalmente se circunscribe a historiar el pensamiento político a lo largo y ancho de Occidente. Historiografía de la política que intenta prescribir una filosofía implícita tras los fenómenos políticos, historiando analíticamente los meandros de cada ideología y sus devenires. Por contra, un análisis metapolítico indaga filosóficamente sin tener puesta a la política como referencia axial, pues restringe su sentido a la filosofía y cosmovisión que se oculta en su propósito de ser. En consonancia con esto, se puede escrutar los confines de esta ideología de la Nueva Derecha que tiene un método analítico y hermenéutico para luego proceder recuperando la metapolítica culturalista de la ND francesa. Su metapolítica se inscribe a las existentes analítica-hermenéutica, y a la transpolítica o culturalista que va más allá del examen e interpretación de los fenómenos culturales que condicionan la acción política, dirigiéndose a incidir en aquellos condicionantes. Esto es, su metodología integra a dos formas de hacer metapolítica que son una analítica de las condiciones de posibilidad para la política en un espacio y tiempo determinado, y una intervención activa en dicha conformación mediante una batalla cultural, tal como lo haría la *Nouvelle Droite* de Alain de Benoist.

Pero según el filósofo más importante de Argentina, Alberto Buela, en su artículo “¿Qué es la metapolítica?”, hay tres modos de metapolítica, los dos mencionados y un tercero que se caracteriza por su tradicionalismo, metapolítica representada por autores de la gnosis moderna como René Guenón y Julius Evola. El tratamiento que le dan a la política consiste en buscar las esencias fuera de la política, remontándose a la metafísica hasta ya no estar hablando de política, a diferencia de Carl Schmitt que con su concepto de lo político piensa su esencia como una relación amigo-enemigo. Schmitt sería un relativista para estos esencialistas, ya que sustancializa una relación o compuesto entre dos cosas, pero la verdad de la política es la relación de la comunidad en virtud de esta unidad, así como la religión (*religare* o *relegere*) no sería nada sin su función de llegar a la unidad a pesar de la diversidad y contingencia humanas.

Esta tercer significación de metapolítica que se sale por completo de la política, no es recogida por la Nueva Derecha argentina que plantea una batalla por la cultura enajenada de todo arraigo tradicionalista que no permite mancharse con el légamo de la política. No querer ensuciarse con el cieno de la cultura actual es la misma actitud ovina de la grey que solamente sigue el incienso. Y la Nueva Derecha francesa sería un intermedio entre tradicionalismo (porque se remite al paganismo) y la hermenéutica que descubre los mecanismos de poder que afectan a la actividad política. La diferencia con la nueva derecha local es que esta se abstrae del fundamento en un aceptable intento por escapar de todo fundamentalismo o limitación dogmática. Por lo cual, hay un apertura que sin ignorar la univocidad de lo tradicional, pretende desplegar sus potencias sobre la equivocidad en busca de una analogía moderna. Pero esta modernidad alternativa no puede encontrar su analogado fundamental en ningún fenómeno que se aparezca en la cultura, sino que esa esencia debe ser metafísica y no metapolítica.

La metapolítica lleva a identificar categorialmente las condiciones del aparecer de los fenómenos políticos tal como son, y para eso se pregunta cómo es posible que se dé lo que se manifiesta en la realidad. Esta pregunta por el poder ser, no es la pregunta por la esencia, sino por el devenir del obrar que va aconteciendo. Tales disquisiciones no pueden dar un salto metafísico como el de los tradicionalistas que pierden el objeto de estudio, que es la política, y resuelven todas las

nociones en ontologías y totalidades a veces místicas. Entonces, si no pueden dar un salto epistémico que los saque de la metapolítica hacia la filosofía tradicional, no pueden acceder a la esencia porque eso sería especulación metafísica, y hacer filosofía no es lo mismo que hacer metapolítica. Es decir, si no se puede pensar el nouméno, se piensa el fenómeno o sus condiciones de manifestación. La metapolítica culturalista exige, además del análisis y la acción política, una reducción fenomenológica que ponga entre paréntesis a los paralogismos como el mundo, Dios y otros fundamentos metafísicos para concentrarse en el ente. El ente/fenómeno/fenomenalidad es el objeto que le corresponde estudiar a una examinación metapolítica. Es por esto que la propuesta de este ensayo no se elucida hasta esta última explicación.

Para concluir con este fenómeno político se puede inferir que la derecha en general siempre totalizó la esfera de lo privado, llegando a borrar la esfera de lo público, por restringirse a una disyunción entre lo público y lo privado; mientras la falsía izquierdista peca de la reducción de la política a meras vinculaciones de mando y obediencia, irrespetando sin razón, a esta altura del acontecimiento, a las leyes de un Estado al que convirtió en su tutor espiritual. Pero, en el caso de las derechas, lo que interesa es que todo vínculo en la política, mando-obediencia/amigo-enemigo, es absorbido por la tensión que se da entre la cosa pública y la privada. La res pública, nada menos que el corazón de la política desde la *Politeia* platónica, se manifiesta como la contraparte de lo que para el liberalismo corresponde privilegiar, a saber, el sagrado proyecto individual inalienable. Las cuestiones privadas del hombre no están por encima de las que son de orden público, al menos desde el liberalismo original. Ahora bien, en el último tiempo, fue avanzando gradualmente la tendencia de resguardar el interés individual en detrimento del dominio público, y lo que comenzó como una revuelta contra el absolutismo, desemboca en una contra-revolución contra el Estado que se volvió absolutamente indiscutido. De esta forma, la insubordinación contra la opresión es una contienda contra el dominio de lo público, desde la defensa del individuo. Luego, todo lo demás también termina atrapado en esta tensión: cualquier perfilamiento para resolver los conflictos sociales es de lo individual contra lo colectivo. Lo gregario en el hombre, su tendencia natural a agruparse con aliados para afrontar la hostilidad de otros grupos, es ahora oligarquía. Castas que se unen para conspirar en su favor y en desmedro de cada persona que se vuelve su enemigo. Así es como toda relación amigo-enemigo trasmuta, bajo el sesgo cognitivo de la derecha, a una iniciativa privada en oposición al orden común, y lo comunitario debe justificarse en el orden espontáneo que emerge del vulgo.

Cuando todas las relaciones políticas se resuelven en la esfera de lo público-privado, la naturaleza de la política es oligárquica y el enemigo siempre es quien se une con otros para llegar a un estamento superior al de aquellos que no tienen poder público. Por ello, el enemigo público no es el hostil para el Estado como unidad en la que reposan todos, sino que el enemigo es siempre personal, es privado porque la línea divisoria entre lo personal y lo político se desvanece en una guerra de todos contra todos. En la batalla cultural de la nueva derecha, el enemigo es privado y no público (porque la contienda se plantea como anterior a la política), de suerte que al no haber enemigo público, todo enemigo en la política será personal. “Lo personal es político”, frase de la que se mofan los neoderechistas, es la consecuencia directa de esta apoliticidad en donde el enemigo viene por las libertades individuales del prójimo, y al no poder descansar sobre un Estado que también es enemigo para todos, o sea público, el hombre es el lobo espiritual de otro hombre. La política sigue estando en estas nociones apolíticas pero en su versión más pedestre, y aunque se niegue la naturaleza política de la esfera amigo-enemigo (por la prioridad

de la esfera entre lo privado y lo público), la realidad se impone sin que influya la sobrevaloración que se quiera hacer de lo personal enfrentado a lo político, puesto que rechazar lo político no lo hace desaparecer en pro del individuo. Si el enemigo es otro Estado, alguien hostil para un país o un grupo extranjero para una nación cualquiera, esa enemistad pública es totalitaria para las derechas que repudian el totalitarismo fascista, ergo, puede haber enemigos privados pero no políticos. En suma, todo enemigo ha de estar dentro de esta esfera privada (es mi enemigo y no de un Estado intermediario) en virtud de la cultura y sin perjuicio de lo político, que sigue estando como algo que se cierra a lo personal (intereses inajenables).

En la *Fenomenología del espíritu*, Hegel empieza definiendo al ser. La concepción ontológica que tiene es la del ser como indeterminación: el inmediato indeterminado. No comienza pensando a la realidad como ontológica, ya que la piensa como algo que no está determinado por estar siempre siendo, tendiendo hacia el fin de la historia. Si el ser se va realizando y hasta que no se termine de desenvolver está indeterminado, eso quiere decir que la historia sería la zona donde sitúa el pensamiento y no en la cultura. Los que sitúan al *logos* (razón) en la cultura son los hegelianos de izquierda, aquellos que piensan que el orden (social) nace no del hecho histórico, sino del hecho cultural como lo que determina los dominios culturales y los cambios que va sufriendo. La realidad para ellos se ordena desde el poder que es capaz de legitimar los lazos de dominación, y que el cambio es necesario para revolucionar dichos dispositivos de poder, a los efectos de no someterse a designios contrarios a la fruición, hedonismo que ponderan como solución al malestar en la cultura. El papel de la Nueva Derecha en este paradigma hegeliano vigente no puede entenderse de otra manera que de las siguientes dos posibilidades: un hegelianismo de derecha que tiene en su seno a la historia, o en su defecto, un hegelianismo de izquierda que sitúa al ser en la indeterminación de la cultura (no del despliegue histórico).

En el caso de que la nueva derecha sea reducible al hegelianismo tradicional, recaería en un historicismo que quizá puedan rechazar intuitivamente, no obstante, sin darse cuenta redundan en escudriñar el devenir histórico y a partir de esta facticidad explicar lo real. Recopilar datos y compendiar información verídica a la luz de los sucesos que se van presentando en la historia, es el proceder historicista que utiliza como criterio de validez a la observación fidedigna de los eventos fácticos que se van sucediendo en el tiempo. Aunque si el marco teórico de la Nueva Derecha se ciñe a pensar el orden social y no el histórico, eso significa que no focaliza sus investigaciones en la historia, sino en la sociedad. Poner en el centro focal a la sociedad implica abandonar la historiografía para abrazar a la cultura como factor estructurante de lo social. Y como el adversario es el fenómeno progresista o posmoderno, tiene una dimensión histórica pero irrelevante al tratarse de lo más actual y ser tan nuevo que si se lo ubica al final de la historia, el progreso se legitima como verdad irreprochable. Por lo tanto, la nueva derecha no debiera incurrir en ningún historicismo, resultando en que el enfoque contra un rival tan reciente que no tiene historia tras de sí, necesariamente debe ser sociológico. Sociologismo o fenomenología no husserliana, ya que puede ser cualquier tipo de gnoseología, parecen ser los límites de una nueva derecha que pese a todo resume sus concepciones en una descripción del fenómeno tal como es, con rigor y considerando su contexto.

Como hijo de la batalla cultural (*kulturkampf* alemana), la argentinidad y catolicidad que con orgullo asumo y prefiero, tiene una causalidad ancestral ligada a la guerra espiritual que por más de cuatro siglos mantuvo, no solo a Alemania, sino a toda Europa en perpetua conflagración. Desde el luteranismo hasta el siglo XX, la *kulturkampf* entre protestantes (de los cuales

provengo) y católicos, fue el espíritu dialéctico que segregó esporádicamente a personas de ambos bandos comunales. Esta guerra interreligiosa hizo que tanto católicos como reformados se exiliaran en colonias provenientes de muchos países europeos, que encontraron asentamiento en América, muchos de ellos en Argentina. Estas inmigraciones que hallaron cobijo en nuestro continente, descubrieron la paz que nada tenía que ver con la antigua *pax romana* que expulsaba a los bárbaros de su misma raza. Pues, Iberoamérica es, de suyo, la hospitalidad que las teorías europeas buscan decretar como ley novedosa que consagre al progresismo cual solución ulterior a la violencia. Sin embargo, sus leyes no consiguen más que una paz a expensas de la exclusión a todo lo que diste mucho de sus ideales, y el progresismo no es más que una metástasis de su obstinación indoeuropea. Pero es historia conocida, aunque se busque ocultar, que el Führer del Tercer Reino Teutón, quiso ponerle fin a la batalla cultural. Su estratagema contra la *kulturkampf* o combate cultural fue la siguiente: liquidar esa conflictividad con la unión alemana en la raza. La unidad de concepción solamente bajo este recurso era dable, y para eso era imperioso olvidar el problema religioso bajo una nuevo núcleo social de unidad, que no sea la familia, los valores ni la tradición que los tenía envueltos en tensiones confesionales. Una nueva sacralidad al calor de una nueva épica que una a toda Europa bajo el signo de su ontología racial y no sobre los vestigios de la cruz. La raza como espíritu de Europa, era la salida a la traición que la pelea católica y su inmolación, desangraba a los pueblos del continente.

Hitler hizo metapolítica para dar cuenta de que el problema en la cultura alemana no tenía que ver con ningún partido. Empero, pudo vislumbrar que la solución final era resignar la *kulturkampf* que los estaba destruyendo, a través de un análisis más profundo: la teología política. Sin un examen teológico-político, no hay metapolítica a secas que tenga los criterios precisos para acceder al meollo subyacente, a la cuestión metafísica. Su recurso merece todas las críticas que se puedan efectuar, pero es para pocos entendidos el peso de su voluntad: más allá de la batalla cultural. La unión de Alemania o de Europa, no consistía en una ley o armamento internacional al que se le delegue tales potestades, como la Unión Europea que no es ni unión ni europea. Era un talante, un *volksgeist*, en función de una *weltanschauung* y con miras a una *volksgemeinschaft* (comunidad popular). La común unidad estaba en la ambición del fuero nacionalsocialista, mas no la destrucción de los protestantes en manos de los católicos europeos, sino la dignidad del hombre alemán a pesar de su “defecto” de ser luterano, ante el asecho foráneo de sus perseguidores. Y no tener el mismo recaudo con los judíos le valió el estigma, anatema y excomunión omnímoda que perdurará hasta la posteridad. Error que no comete la intelectualidad actualizada a tenor de esta corrección política, que se alza a la guerra de ideas que es el escenario del nuevo siglo y de las épocas que asoman su venida.

Epílogo

Estar a la altura del espíritu de la época no es supeditarse a él, ni tratar de prescribir las operaciones necesarias para dejarlo en el pasado, consiste más bien en ser capaces de asimilar lo que los fenómenos populares o masivos tienen para manifestar de sus vivencias. Si no tiene importancia la experiencia de los otros cuando están equivocados, no hay un otro padeciendo la iniquidad o la infamia de estos decenios, y sin nadie a quien mejorar sus experiencias vitales, no hay más que enemistad. La *filia* (amistad/ amor) son el agente movilizador que nunca hay que dar por hecho, la asimilación también puede tener fines oprobiosos, pero siempre hay ocasión

para disculpar al errático y hacer una oblación que no vaya hacia la divinidad, sino hacia abajo. Volver a la caverna puede asustar a los que creen que es un retroceso, empero no hay otra manera de combatir al progresismo que volviendo sobre la marcha: llega el momento de frenar el avance y emprender el retorno rumbo al origen común donde muchos yacen augurando, a medio camino o en lo más recóndito de la cueva, un recogimiento que integre sus vivencias más íntimas en un orden cuya jerarquización armónica no confine sus potencias a compartimientos estancos. No hay virtud en la mera privación de los estímulos epocales si no se asiste de servicio filial y de auxilio caritativo a los que se quedaron abajo. Sin compasión pero con piedad, sin lástima pero con conmiseración, la vuelta a los valores tiene en su sentido último al otro más miserable y no a Dios, al peor de todos los tiempos, al hombre de hoy (“al demonio”), y no a la esencia más pura y acabada. El ser más idiota y nesciente no espera ni siquiera ser sindicado como tal, pero sí sabe que el que salió de la caverna y no vuelve tras sus pasos es un cobarde y menos delicado afectivamente; su entrenamiento mental lo hizo un sabio pero si no baja no es filósofo, si no regresa es un alienado, y no se puede amar a la patria sin el amor que reposa en los actos. Es menester hacer el esfuerzo de intentar entender lo bueno que el pensamiento contemporáneo tiene para decir, discontinuidades contra la gnoseología tradicional sujeto-objeto, la recuperación del pensar sin Dios como objeto de estudio, devolverle al otro el lugar que (de antiguo) la ética hubo de prometerle, y revalorizar las fuerzas ínfimas humanas como hontanál del espíritu libre que expresa el ser de la voluntad profunda del hombre sin prescripciones morales.